

Dave Dudley: música para camioneros
Verano en Buenos Aires: toda la TV, todo el teatro
La nueva colección de atrocidades de Charles Saatchi
San Francisco, la Meca beatnik 50 años después

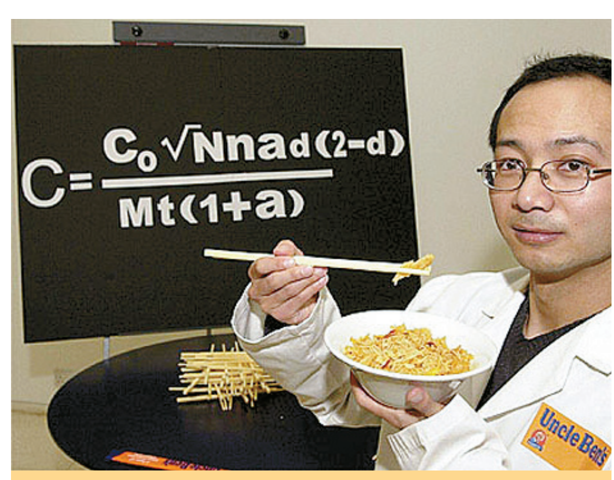
Tocaron con los grandes, pero prefieren ser chicos. Hicieron rock, pero aman las mezclas. Les gustan las canciones, pero hacen música instrumental. Christian Basso, Axel Krygier y Fernando Samalea explican cómo consiguen hacer lo que quieren sin morir en el intento.





PRIMICIA: ¡ENCONTRARON A NEMO!

Las malas noticias no dan tregua en el *show business*. Primero, hace unos meses, fue la muerte de Keiko, la orca que hizo las delicias (es un decir) de los niños con la trilogía de *Liberen a Willy*. Y ahora esto. La imagen con el paradero –la última morada– del personaje digital más taquillero de Disney circuló en una revista británica sobre cine (y se sabe que en Londres no escasean los restaurantes de sushi). Un destino triste para el pez payaso.



otra vez arroz

Los paladines del maravilloso mundo de la ciencia no descansan. Un equipo dirigido por los doctores Qiang Zhao y Jim Al-Khalili acaba de dar con una fórmula que promete derribar una de las grandes barreras culturales del universo: la que separa a los portadores de ojos redondos, de los de ojos rasgados. La ecuación de marras permite medir los grados de dificultad en el uso de palitos chinos con que tropiezan los comensales occidentales cuando se topan con un plato oriental. Y se escribe así:

$$C=\frac{C_o\sqrt{Nna_d}\,(2-d)}{Mt\,(1+a)}$$

Sus autores no ahorraron saliva a la hora de explicarla. La C indica el nivel de “confort”: la destreza en el uso de los palitos, en una escala que va del cien al uno para indicar niveles crecientes de incomodidad; N es el número de comidas chinas abordadas con palitos (el nivel de experiencia); t el tiempo (en segundos) que se demore en llevar la comida del plato a la boca; y n, a, d y m refieren a la forma, la “resbalabilidad”, el diámetro y la masa del alimento; mientras que Co es una constante que condensa datos desconocidos acerca del largo de los palitos y el ángulo en el que se los sostiene. Con esta fórmula –insisten Zhao y compañía– se pueden establecer pronósticos valiosísimos: por ejemplo, que un novato necesitará unos mil platos chinos antes de poder llevarse un bocado de un centímetro de pato a la salsa con palitos tan fácilmente como lo haría usando los dedos. Y el que todavía siga con dudas, que se pida una milanesa con papas fritas.

A LA SALUD DE LOS ENFERMOS

El Príncipe Charles, figura clave del Caso Lady Di –la intriga televisiva que mantiene en vilo al público británico–, se ha tomado un respiro para ocuparse de un compatriota caído en desgracia. Como se sabe, unas semanas atrás, Ozzy Osbourne –ex Black Sabbath y actual protagonista de su propia *reality sitcom* familiar, *Los Osbourne*– sufrió un accidente cuando conducía su moto. Todavía internado, con unos cuantos huesos (entre ellos, ocho costillas) por soldar, Ozzy recibió a un enviado de Buckingham que le ofrendó un regalo y los mejores deseos para su recuperación. “El Príncipe Charles le envió a mi marido una botella de whisky”, comentó Sharon, la esposa infinitamente paciente de un músico famoso, entre otras cosas, por haberle mordido la cabeza a un murciélago durante un recital. Y agregó: “Se trata de una botella de escocés, que Ozzy, por supuesto, no se va a tomar”. Pero Sharon no es David Bowie, que semanas atrás rechazó la posibilidad de ser nombrado Sir por considerarlo un gesto pacato y elitista. En su negativa –”Ni una gota de alcohol”– pesaron estrictas razones de salud.

COSHA GOLDA

Una noticia de peso para este boletín: Timothy Dumouchel, un contribuyente de Wisconsin como cualquier otro, decidió tomar las riendas de su propia vida y demandó a la compañía que le provee su servicio de televisión por cable, responsabilizándola de haberlo convertido a él, a su mujer y a sus hijos en “víctimas fatales de la sedentarización”. En otras palabras: su esposa en una gorda y sus hijos un par de vagos que no saben hacer otra cosa que surfear entre canales. La indemnización reclamada por Dumouchel incluye unos 4500 dólares y una suscripción vitalicia al servicio de Internet de la empresa. El argumento más sensato que alega la parte demandante es que el bueno de Timothy habría reclamado la baja del servicio cuatro años atrás, sin éxito. “Si fumo y bebo tanto todos los días y mi mujer tiene sobrepeso es porque hemos visto televisión todos los días durante los últimos cuatro años.”

LA EDUCACION EN ROJO

Una extraña fiebre comercial se ha apoderado de las casas de lencería de Polonia. Las ventas de ropa interior de color rojo han ido multiplicándose a ritmo salvaje en los últimos tiempos, y la razón es una y sólo una: las estudiantes secundarias están convencidas de que llevar corpiños, bombachas y medias rojas a la escuela les traerá buena suerte en sus exámenes. Muchos responsabilizan del súbito furor a parte de la prensa polaca, que habría difundido un informe –de dudoso rigor científico– según el cual los alumnos íntimamente vestidos con prendas color sangre suelen obtener las mejores calificaciones. “Olvídense del día de San Valentín”, dijo un comerciante de Varsovia, exteriorizando la euforia de todo su gremio: “la nueva temporada alta es la época de exámenes. Y si funciona para las chicas también debería funcionar para los chicos. De hecho, ya hemos vendido unos cuantos boxers rojos”.

¿Para qué va a usar Bush a Marte?

Para martirizarnos a todos.
Martin Martó, desde Martínez

Para lo mismo que uso yo a Venus.
Teveo Tetoco, de Porlapan Tallatecoloco

Para hacer lo mismo que hace todas las noches: tratar de conquistar el mundo.
Pinky y Cerebro, asesores personales de Bush

Para seguir buscando las armas de destrucción masiva de Saddam.
El Negro del Sur

¿A Marte? Para seguir con su gobierno de miércoles.
Alfred Jules de La Faldanic

Para almacenar el petróleo y asegurarse su exclusividad.
Juaney

Para exportar inmigrantes ilegales.
DJ Chuquisaca

¿A Marte? Para odiarte.
El Trulalón Faifanfa

Para que Schwarzenegger se entrene como futuro comandante en jefe de las fuerzas armadas.
Timburton

Para hacer leberBush con los marcianos.
Frau Blücher

Para la semana próxima:
¿Qué está pasando con los argentinos en Florianópolis?


¿David Capusotto? ¿Diego Lebon?

COMUNÍQUESE CON RADAR

Para criticarnos, felicitarnos
o proponer ideas, llame ya:
fax 6772-4450
yomepregunto@pagina12.com.ar

La tercera guerra mundial

POR PETER SLOTERDIJK

"La inteligencia no vive más que en la apertura a lo que resulta incómodo."

La Modernidad no es un tiempo de paz, sino una época que tiene que lidiar con el conflicto de todos los conflictos. Estamos envueltos en una guerra mundial invisible y apenas comprendida, una guerra universal muy profunda por el peso del mundo. Es la guerra de lo ligero contra lo pesado. Hasta ahora esta guerra era idéntica a la guerra entre la izquierda y la derecha, habida cuenta de que las izquierdas o la izquierda representaban la voluntad de aligerar la vida y la superación de las cargas indignas que se ciernen sobre nosotros. Lo pesado es inhumano: éste es más o menos el axioma subyacente a la izquierda. Ser moderno y de izquierdas, esto significa, en primer lugar, vivir en algo así como en un proyecto de aligeramiento y tomar parte en las conquistas que hacen la vida más ligera para el mayor número de personas posible. Pero esta acción de la izquierda, una acción que ha marcado toda una época, siempre ha ido seguida de una reacción de la derecha que, desde las postrimerías del siglo XVIII, se ha manifestado de manera ruidosa y consciente de sus principios. La esencia de las derechas o la derecha radica en que rechaza esta nueva ligereza y reflexiona sobre los límites del aligeramiento. La derecha era hasta hace poco el partido de lo pesado; la derecha cree en la imposibilidad de superar lo ineludible. Esta es la razón por la que la derecha siempre ha tenido un concepto de realidad más duro, más correoso y también más sombrío. El mundo es pesado, y más pesado de lo que el día ha pensado... éste sería el himno de los conservadores. En el fondo, podría decirse, si se quiere formular esto de un modo amable a la vez que altamente ajustado, que los conservadores reales no son conservadores de privilegios ni tampoco conservadores de valores: son conservadores de lo pesado.

De ahí que en el seno de la derecha exista un concepto de sacrificio mientras que, en la izquierda, a lo sumo, un concepto de esfuerzo, de derroche. La derecha puede concebir que los hombres, de vez en cuando, no sólo mueran a causa de algo, sino por algo. La izquierda sólo puede indignarse por tal hecho o mirar a otro lado... al menos así hace en un tiempo como el nuestro, donde los combates por la libertad hace tiempo que quedaron atrás y los mártires de la izquierda son percibidos más bien con cierta perplejidad. En esta idea de "muerte por..." se pone de manifiesto cierto aspecto del viejo peso del mundo. A oídos modernos y liberales, este tipo de cosas no puede por menos de sonar con ecos atroces: proporciona el falsete absoluto en la partitura de los tiempos modernos, porque recuerda la existencia de límites para el aligeramiento. Sólo en este contexto pueden volver a tomarse en serio las ideas de los izquierdistas utópicos: no sólo porque son ejemplares y significativas, sino también porque no han hecho más que expresar el momento cumbre de una tendencia general e idiosincrásica del modernismo medio. Las izquierdas utópicas albergan el sueño de aligerar la vida hasta privarla totalmente de peso, quieren la gran fiesta, ahora y para siempre... Playas blancas, ron blanco, sin ropa y en pelota picada, relaciones ligeras con todo lo que lleva taparrabos.

Pienso además que todos esos nuevos maníacos amigos de la conexión a la red que nos quieren endosar los ordenadores personales y las autopistas de la información no hacen otra cosa que travestir algunas motivaciones clásicas de la izquierda utópica en su comercialización mercantil: el aligeramiento revolucionario a través del monitor del ordenador. Como consecuencia de todo ello, prácticamente todos los que marcan hoy las tendencias que hay que seguir se habrían desplazado a la izquierda. Por desgracia, apenas nadie se hace una idea lo bastante clara de lo que hoy puede concebirse como un fundamento de la izquierda. La nueva izquierda parece el empresariado en busca de una sociedad que sea lo suficientemente moderna para sus productos. En la tendencia principal de las modernas tecnologías, las motivaciones últimas de esta vida más ligera progresan de manera irresistible, pero este reclamo de aligeramiento proviene ahora de planteamientos que antaño pasaban por burgueses o conservadores. En la actualidad, el conjunto del mundo económico no transmite más que un único mensaje: apresurémonos a la transformación en todos los ámbitos, y lo más rápidamente posible. Esta es la retórica revolucionaria en estado puro, aunque ahora aparece en boca de *managers*, asesores o diseñadores. La escalada de esta profunda guerra mundial entre lo ligero y lo pesado ha entrado, pues, en una nueva fase. En ella los frentes hasta ahora conocidos se han invertido en numerosos aspectos. La antigua derecha se hace más ligera y flexible, mientras que algunos miembros pertenecientes a la antigua izquierda descubren el campo de la pesadez: es este factor el que marca el punto de rotación dentro del torbellino actual.

Quien es incapaz de darse cuenta de esto, no comprende absolutamente nada del drama que en la actualidad afecta a los sistemas de orientación. ■

Tomado de *Experimentos con uno mismo*, de Peter Sloterdijk. Editorial Pretextos, Barcelona, 2003.





Músicos sin fronteras

NOTA DE TAPA **Los tres flirtearon con algún Gran Momento del Rock: Fernando Samalea y Christian Basso tocaron con Charly García; Axel Krygier participó de la última gira de Soda Stereo. Pero lo que los une –además del sello Los Años Luz, que edita sus discos– es un programa artístico y personal enemigo de las mayúsculas. Son músicos porosos, nómades, eclécticos. No tienen ninguna debilidad por la ironía. Reivindican una tradición mestiza, heterodoxa, en la que conviven la música africana, The Police, Weather Report, el tango, los Talking Heads y el folklore. La cultura del entretenimiento los tiene sin cuidado, y al despotismo de la forma canción oponen la elegancia de una música instrumental abierta, siempre dispuesta a cambiar. Sobrevivientes de la modernidad porteña de los años '80 y '90, ya instalados en sus papeles de solistas respetados, Krygier, Basso y Samalea confirman y despliegan en este diálogo con Radar lo que vienen probando hace rato con sus obras: que más allá de las fronteras del rock, hay vida. Y de la buena.**

POR MARTÍN PÉREZ

Como perros de la calle. De las calles de Saavedra y Coghlan, más precisamente. Así es como Christian Basso recuerda sus comienzos callejeros y modernos de principios de los años '80 junto a Fernando Samalea. Sentados en una mesa del mítico Bar Británico, en los antípodas del barrio donde se iniciaron, el ex bajista y el ex baterista de Charly García reconstruyen sus primeros pasos musicales ante la atenta mirada de Axel Krygier, un perro acaso menos callejero y también algo más cachorro que sus dos colegas, pero astilla del mismo palo, sin duda. Otro brote del árbol de la modernidad porteña del que, dos décadas más tarde, apenas si quedan los nombres, los recuerdos y un presente bien alejado de aquellos raros peinados nuevos. Para estos protagonistas, al menos.

"Ninguno de nosotros es el mejor ejemplo de la modernidad de los '80: siempre fuimos muy eclécticos y tuvimos gustos más abiertos", señala de pronto Samalea. Y agrega: "Comenzamos a escuchar con curiosidad nombres de bandas como The Knack y nos entusiasmamos con la visita de The Police, pero también fuimos al Luna Park a ver a Weather Report. No hay que olvidarse de eso". La declaración atraganta a Basso con su tostado y lo obliga a aclarar los tantos: "Me acuerdo que nunca pude ir a ver a Weather Report, porque ese mismo día me habían echado de la escuela y estaba castigado. Me dio una bronca...". Nunca tan modernos (ni siquiera cuando efectivamente lo eran), Fernando Samalea –eterno baterista devenido bandoneonista–, el bajista Christian Basso –reencarnado en director de pequeñas orquestas– y Axel Krygier –ex flautista folklórico tímido, hoy decidido silbador del calipso– son los mejores ejemplos de una incipiente escena de música instrumental ecléctica que durante el último año supo cobijar la tan posmoderna Buenos Aires. Una ciudad habitada por una tribu de espectadores cada vez más curiosos, que parecen no necesitar más de la ironía para permitirse disfrutar el pasearse por propuestas musicales sabrosas, libres y variadas, por más melancólicas y sensibles o híbridas y rítmicas que sean.

"Te confieso que a mí la ironía en la música no es algo que me vaya mucho", aclara Basso. "Te digo más: ni siquiera me gusta la música que divierte. No me parece que sea algo muy noble divertir a la gente. La alegría la acepto porque es un estado de ánimo. Pero estoy en contra de la cultura del entretenimiento. Porque el mejor ejemplo es la filosofía televisiva: mirá y dejá de pensar." Lejos de toda distancia irónica, entonces, pero decidido a pervertir los géneros más clásicos, el ex bajista y compositor de La Portuaria debutó como solista con el apropiadamente bautizado *Profanía* (2000), para luego ahondar en el cocoliche contemporáneo jugando muy en serio al grotesco musical con su flamante *La Pentalpha* (2003), editado por Los Años Luz, sello que comparten Basso, Krygier y Samalea. "Fernando me recomendó que les llevase mi primer disco, que me lo iban a editar", cuenta Krygier. Y completa Basso: "Y después Axel me recomendó a mí, y también a Kevin Johansen".

En tiempos quizá demasiado rockeros, los discos solistas de un baterista, un bajista y un saxofonista –instrumento que Krygier tocaba en La Portuaria– hubiesen merecido apenas una nota al pie dentro del devenir musical de la escena porteña. Ahora las cosas parecen haber cambiado, y estas ediciones no pasaron inadvertidas.

"Lo que pasa es que, por un lado, la industria musical está en crisis. Y por el otro, la revolución tecnológica empieza a hacer posible que los discos que grabás en tu casa suenen bien en cualquier lado. De algún modo nosotros nos estamos aprovechando de eso", calcula Krygier, que después de su debut solista (*Echale Semilla*, 1999) editó la música original del espectáculo de danza *Secreto y Malibú* (2003). Para tocar en vivo en casi toda Europa su elogiado primer disco, Axel se instaló en Barcelona durante los últimos años. Ahora está de regreso, listo para grabar un nuevo álbum y también para tocar en vivo. Y para eso acaba de armar un grupo con Christian Basso, del que también participa su viejo compinche Alejandro Terán. A pesar de haber estado once años tocando la batería con Charly García, Samalea fue el primero de este orgulloso trío de Músicos sin Canciones –como los Médicos sin Fronteras, digamos– que se decidió a hacer su propia música. *El Jardín Suspendido* (1998) fue el resultado de esa decisión. Desde entonces y hasta ahora, el ex baterista de Clap, Metrópoli, Illya Kuryaki & The Valderramas y tantos más editó media docena de álbumes propios, entre compilados y discos-libro. También de vuelta en Buenos Aires, Samalea termina ahora de mezclar su último trabajo, para el que convocó a viejos cómplices como Richard Coleman, Gustavo Cerati, Fabián Von Quintiero... Y Charly García, por supuesto. "La última mitad del año pasado estuve viviendo y grabando discos en París, pero cuando estaba por empezar a tocar quise volverme para acá. Uno en la vida hace elecciones, y en cada una de ellas se pierde y se gana algo. Y lo que yo elegí fue recuperar esta ciudad".

Y al mismo tiempo, claro, la ciudad los recupera a ellos. Y recupera toda la historia que vivieron en ella.

Silbad el calipso

Aparecían cada tanto por la clase. Eran mayores, así que pedían permiso a los profesores y se dirigían a los alumnos. "A los que quieran tocar en la orquesta del colegio, los invitamos a que vengan los sábados por la mañana". Aunque en su casa podía pasarse todo el día tocando la flauta sobre discos de Jethro Tull, al siempre más joven Axel Krygier ni se le ocurría aceptar la oferta. "¿Ir al colegio un sábado a la mañana? Ni loco", se justifica aún hoy. Pero un día no se limitaron a pedir permiso para entrar a su clase, y tampoco a hacer una invitación general: fueron directamente por él. Una compa-



FOTOS: NORA LEZANO

ñera lo había delatado. "Fue Soledad Villamil", la delata a su vez Krygier. "Les dijo que yo tocaba la flauta traversa y me vinieron a buscar".

Alumno del Nacional Vicente López, Krygier tuvo la suerte de tener como compañeros a futuros músicos como Diego Frenkel, Juanchi Baleirón y Alejandro Terán, entre otros. "Eran chicos de quince años, como Terán, pero ya sabían que se iban a dedicar a la música. Así que de ahí en adelante pasé a ser músico yo también. Y a partir de ese día el secundario fue otra cosa", confiesa Krygier, un fanático de Luis Alberto Spinetta que siempre supo que si quería dedicarse a la música tendría que estudiar, porque nunca había sido un niño prodigio. "De la banda del colegio pasé a una banda de folklore", recuerda. "Copé el living de mi casa y lo convertí en sala de ensayo. Pero todavía recuerdo un momento clave en mi vida, que fue cuando en un pub de la esquina de mi casa tocó Clap. Nosotros estábamos tocando folklore con mis amigos, mientras en la esquina sonaba la música más moderna", explica Krygier. Más tarde se tomaría su pequeña revancha tardía contra aquella modernidad que entonces lo dejaba afuera: en *Echale semilla*, confiesa sonriente, incluyó bien a propósito los instrumentos más folklóricos en las mezclas.

Aunque por entonces supo coquetear con la posibilidad de ser un músico 'serio', Krygier confiesa haber entrado al mundo del rock a los dieciséis años, cuando conoció a Kevin Johansen y se sumó como músico invitado a Instrucción Cívica, tal vez la última banda pop de la primavera alfonsinista. El grupo, de fama efímera, alcanzó a grabar dos álbumes, el primero de los cuales reunió por primera vez a Krygier con Fernando Samalea, que aparecía tocando la batería. "Pero para mí todas esas cosas siempre fueron un chiste: yo estaba en la música rara, experimental." A los dieciocho, Axel se compró su primer portaestudio y comenzó a grabar sus cositas. "Siempre me gustó el efecto de locura, de lo psicodélico. Eso de grabar y entrar en trance, dejar que las cosas surjan de un lugar inconsciente", cuenta. Y mientras armaba y desarmaba el dúo experimental Mulo con Terán, Krygier terminó ingresando a la banda desde donde vería pasar gran parte de la década del '90: La Portuaria. "Aunque él era más de la cúpula y yo un músico invitado, comenzamos a sorprendernos compartiendo cosas con Christian Basso", recuerda Axel. "De repente nos cruzábamos, por ejemplo, en un concierto donde tocaban obras orquestales de Nino Rota. Nos dábamos cuenta de que teníamos cosas en común, y que esas cosas no podían formar parte del grupo."

Antes de largarse a ser decididamente un solista, Krygier emprendió su último trabajo importante: participar junto a Terán de la última gira de Soda Stereo. "Cerati nos llamó porque nos había visto tocar con Mulo", explica, "pero además porque nos quería como compinches en una gira que calculaba que iba a ser muy dura para él, por los roces con los otros dos integrantes de Soda. A mí, sin embargo, me daban un poco de vergüenza algunas cosas: por ejemplo, tocar el acordeón sobre algún clásico del grupo". Y justo cuando empezaba a sentir cierto resentimiento por no poder hacer lo suyo, Krygier cambió la baqueteada portaestudio por una computadora, y con el *protools* empezó a convertir en temas los viajes o iluminaciones que solía registrar. "Para 1996 ya tenía compuestos bastantes temas de *Echale Semilla*", cuenta Krygier, que remasterizó el disco recién dos años más tarde y lo editó en el '99. "Enseguida empecé a recibir emails de todo el mundo: de Japón, Australia, Nueva Zelanda. Hasta la gente de Luaka Bop me escribió." Entonces armó no una sino dos bandas: una acá y otra en Barcelona, donde se instaló a vivir los últimos años, para desde allí tocar en Festivales en toda Europa.

"Creo que hay algo muy explícito en el disco, y eso hace que la gente se sienta cerca de él aun cuando no tenga canciones. Lo que importa es la intención, toda esa cosa propia de las artes plásticas", dice Axel, que no casualmente dibuja y pinta él mismo las portadas de sus discos. "Yo creo que la cosa va por el lado poético, y muy alejada de cualquier cinismo", explica. Volvió de Europa con dos proyectos de disco en la cabeza. Uno se llama *Vamos Los Gauchos*, que continúa y profundiza las reminiscencias folklóricas latinas; el otro es *Clubbing Dreams*, que es mucho más funky. "Tal vez se terminen cruzando en uno solo, porque no me da para tanto", se excusa Krygier, que con el tiempo ha ido alimentando un espíritu mucho más swing.

–Me acuerdo de un casete con cosas que Axel me dio allá por el '89 o el '90 –señala de pronto Samalea.

–No puedo creer que te acuerdes de eso –exclama Axel.

–Lo que me acuerdo es que eran grabaciones desprovistas de todo tipo de referencias. Y sin embargo eran más que recordables –dice el baterista–. Es que yo creo que al tipo que hace canciones se le aparecen las verdades en forma de verso –opina Krygier–. Pero siempre es una cosa que viene de un lugar que no controlás. Y a mí también me pasa así.

Jazz sin swing

"Si hay algo contra lo que reacciona mi música es contra esa cuestión, tan clásica del rock, de que el cantante es el único que tiene algo que decir", aclara Christian Basso. Pero el autor de la música de muchos de los éxitos de La Portuaria no está demasiado de acuerdo con eso de Músicos sin Canciones. "Mis discos tienen canciones", apunta: "el asunto es que crecimos escuchando música sin entender lo que decían los que cantaban, y yo nunca escucho las letras. Para mí la música va por un lado y la literatura va por el otro. Y ojo que la literatura es el cincuenta por ciento de mi vida. Pero a mí me gusta trabajar la música instrumental, aunque busco que sea cantable. Y pongo eso de un lado, y del otro un buen libro. Porque para mí la música ya es lo suficiente multívoca, ya dice demasiadas cosas como para, además, agregarle una letra".

A pesar de ser hijo de un músico de jazz, Christian no lo tuvo tan fácil. Debía, por ejemplo, comprarse los discos de Los Beatles casi a las escondidas, ya que su padre se empecinaba en decir que ellos no tocaban en los discos. Cosas así. Basso aprendió a tocar el bajo con Rinaldo Rafanelli, integrante de Polifemo y el último Sui Generis, entre otros grupos del rock nacional más clásico. "Yo le debo mucho a Rinaldo. Me acuerdo que a los dieciséis quería dejar el colegio, por ejemplo. Y él meadvirtió que, si lo hacía, él dejaba de darme clases de bajo." Si bien heredó de su viejo el mandato del instrumento como afición –su primer trabajo fue en el programa de TV *Sábados de la Bondad*–, la vida de Basso cambió una noche en que estaba tocando jazz en el Tortoni, junto a Pelican y Malosetti. "No sé cómo era que estaba tocando con ellos, porque ellos sabían y yo recién empezaba", se pregunta hoy Basso, mientras Samalea recuerda que aquella noche él estaba entre el público. Una de las bandas de Samalea necesitaba un bajista y Basso fue invitado a participar.

"Así empezó una relación que nos llevó bastante lejos: pasamos de callejear de grupo en grupo a tocar nada menos que con Charly García." Pero antes de la escala Charly, en la vida de Samalea y Basso estuvo Clap, la banda mo-



“A mí la ironía en la música no es algo que me vaya mucho. Te digo más: ni siquiera me gusta la música que divierte. No me parece que sea algo muy noble divertir a la gente. La alegría la acepto porque es un estado de ánimo. Pero estoy en contra de la cultura del entretenimiento. Porque el mejor ejemplo es la filosofía televisiva: mirá y dejá de pensar.” BASSO

derna de aquellos primeros ‘80. “Aquella fue una época de rebeldía constitutiva que a mí se me generó en la escuela. Necesitaba alguna válvula de escape de todo eso, y la encontré en la música y las drogas”, recuerda. “Si tuviera que volver atrás, me hubiera gustado vivir en una sociedad mucho más libre para no tener necesidad de gastar toda esa energía dionisíaca en cosas tan destructivas.” Para Samalea, el camino hacia Charly, además de Clap, incluyó escalas en Metrópoli, Fricción y la banda de Calamaro. Pero siempre todo enumerado bien rápido, a tono con la velocidad misma de los tiempos. “Fernando siempre fue un buen relaciones públicas: él iba haciendo la avanzada”, explica Christian. “Y después recibías el llamado: ‘che, en tres días tenés que aprenderte todos los temas de García’.”

Para Basso, lo más rescatable de haber tocado con García fue la presión musical que generaba el bigote bicolor sobre sus músicos. “Lo que se me hizo más difícil estando con él era que yo era consciente de que no era él”, dice algo enigmáticamente. “Me di cuenta muy rápido de que sólo él podía hacer lo que hacía. Algo de lo que no puede o no quiere darse cuenta toda la *mogo élite* que lo rodea, todos esos satélites que cualquier estrella tiene a su alrededor.” Pero así como al tocar la batería con Charly Samalea comprendió que ése siempre había sido su lugar, Basso, por su parte, comenzó a añorar los momentos más creativos de la época con Clap. “Tuve ganas de buscar otro horizonte, y al principio me dije ‘cuelgo todo y me pongo a estudiar’”, recuerda. “Así que empecé antropología y después me pasé a filosofía, pero vino una gira por España y me quedé por allá, tocando con Melingo en los Lions in Love.”

Aquel recuerdo dispara una anécdota que es la más recurrente a la hora de hablar con Christian Basso. “Todo el mundo me pregunta lo mismo: ¿No fue entonces cuando se fueron con Melingo a Marruecos? Es un viaje que parece haber adquirido categorías míticas. Y la verdad es que la pasamos fatal, con todo el psicopateo típico de frontera. Estuvimos allá como una semana y terminamos comprándonos unas túnicas y haciendo dibujos con unos palitos en el suelo de una plaza, jugando al ahorcado. Queríamos pasar desapercibidos, que no nos molestasen más.” En ese mismo viaje Basso terminó conociendo a Los Jaivas en París, y después de escuchar a Disidenten –un grupo que mezclaba influencias musicales alemanas, italianas y árabes– volvió con la idea de hacer algo así, pero con la impronta argentina y latinoamericana. La Portuaria, digamos. “Con La Portuaria estuve ocho años, y fue el momento creativo más materializado de mi carrera. Pero está claro que no fue el mejor ni el de más vuelo”, aclara. La crisis de separación del grupo lo llevó a refugiarse en la literatura, y aún más lejos: terminó viviendo en Denver, casado con una norteamericana. Al regresar estaba decidido: sacaría un disco, fuera como fuese. Y ese disco terminó siendo *Profanía*.

“Cuando yo era chico mi viejo tocaba en un grupo llamado Swing 39. Hacían jazz francés, cosas de Django Reinhardt. Fue una música que me quedó muy grabada: el jazz instrumental, la música de los gitanos. Después volví a entrar en ese mundo, pero por el lado de la música de películas italianas, de Nino Rota y Ennio Morricone. Y ahí fue cuando empecé a encontrar una articulación entre la música clásica y la popular. Descubrí al jazz cafón, o el jazz sin swing. Empecé a explorar por ahí y me di cuenta de que lo que me llega es la poética del inmigrante, y no tanto la búsqueda latinoamericana”, explica Basso, que desde su primer disco solista adquirió un particular gusto por profanar lo culto. “*Roll Over Beethoven*”, dice, y se entusiasma. “La música que yo evoco lleva implícito un poco el volver al pasado, un recuerdo de aquella Argentina culturalmente poderosa. Porque si uno compara a la Argentina del ‘40, con todas sus orquestas de tango, con la actual de la bailanta y la electrónica, es como para agarrarse la cabeza. Por eso, a la salida de mis shows, propongo cambiar los celulares por salamines y abandonar las comodidades que nos da la tecnología. Y también esa cultura de la canción, que funciona y cuando la escucha la gente no se aburre. Porque ahora todo el mundo se aburre, y eso me parece deplorable: a uno, para entretenerse, debería alcanzarle con sus pensamientos.”

El jardín suspendido

A través de una amiga de su secretaria personal, Fernando Samalea se enteró de que Leonardo Favio tenía sus dos primeros discos. Y no sólo eso: que de vez en cuando los ponía en su equipo de audio y los escuchaba. Así fue como su pareja de entonces, María Eva Albistur, se atrevió a musicalizar uno de los poemas del cineasta y se lo envió a Buenos Aires desde Madrid. A partir de entonces se inició una relación que comenzó por correo: empezaron a llegar a Madrid encomiendas con libros y películas enviadas desde Argentina. Y cuando a fines del año pasado Samalea regresó a Buenos Aires para las fiestas, pudo conocer personalmente a Favio. Comieron juntos un par de veces, conversaron hasta la madrugada en los salones de la librería El Ateneo de Callao y Santa Fe, y Samalea llegó incluso a componer un par de cosas para el ballet de *El Aniceto y la Francisca* que el cineasta amenaza de vez en cuando con armar para Maximiliano Guerra. “Haberlo conocido personalmente es una de las cosas que más le agradezco a mi oficio”, dice Samalea, el baterista que aprendió a tocar el bandoneón y sueña alguna vez con hacer cine. “Desde chico soñaba con eso: hacía películas en el Cinegraph”, confiesa. Y agrega: “Para mí el cine es el arte más completo”.

Pero mientras cobijaba sus sueños de cineasta, Samalea se dejó llevar por otro impulso y a los seis años ya estaba sentado ante una batería. Su precocidad le sirvió para vivir los últimos coletazos del rock de los ‘70 y ubicarse en primera línea para vivir la modernidad de los ‘80. “Para mí fue fundamental tocar en Metrópoli y conocer a Richard Coleman y Ulises Butrón”, recuerda. El primer disco que grabó fue *Vida Cruel* de Calamaro, aquel que cerraba con un tema titulado *Principios*, un secreto, pero contundente alegato generacional. “No me importa, ellos se van a morir primero, yo tengo tiempo”, decía la letra, y con esa seguridad el más moderno rock nacional siempre siguió adelante sin exigirse demasiado. “Si no hubiese grabado ese disco, tal vez mi vida hubiese sido totalmente diferente”, especula Samalea. “Porque en uno de esos temas coincidieron Spinetta y García, y a partir de entonces comencé a tocar con él.”

La primera vez que Samalea tocó el bandoneón en vivo fue en la presentación de *Cómo Conseguir Chicas*, en el Gran Rex. “Me lo acababa de comprar”, confiesa. “Pero no

“Crecimos escuchando música sin entender lo que decían los que cantaban. Yo nunca escucho las letras: para mí la música va por un lado y la literatura va por el otro. Y ojo que la literatura es el cincuenta por ciento de mi vida. Para mí la música ya es lo suficiente multívoca, ya dice demasiadas cosas como para –además– agregarle una letra.” SAMALEA



“De la banda del colegio pasé a una banda de folklore. Copé el living de mi casa y lo convertí en sala de ensayo. Pero todavía recuerdo un momento clave en mi vida, que fue cuando en un pub de la esquina de mi casa tocó Clap. Nosotros estábamos tocando folklore con mis amigos, mientras en la esquina sonaba la música más moderna.” KRYGIER



fue una fanfarronada: me pasaba el día entero ensayando. Y de tanto escucharme practicar, a Charly se le ocurrió que tenía que tocar en un tema”. Así fue como Fernando terminó debutando como bandoneonista en vivo en el tema “No soy un extraño”. Samalea desembocó en el fuelle después de años de recorrer fascinado las biografías del Buenos Aires tanguero. “Me obsesioné tanto con ese mundo que en cada esquina veía el Buenos Aires de antes, con los tranvías y todo. Hice tal reconstrucción de ese mundo que en un momento me compré un bandoneón. Y cuando buscaba una voz para hacer mi música, nunca dudé: tenía que ser un lenguaje bien porteño.”

Antes de largarse a hacer lo suyo, Samalea completó su carrera de buen rocker tocando con los Illya Kuriaki & The Valderramas. “La vida me dio esa segunda oportunidad: ver la aparición de una nueva generación desde la primera fila”, dice Fernando, que después de girar por el mundo con Charly terminó embarcándose en las giras de cabotaje, a puro pulmón, del Nuevo Rock Argentino de la década del ‘90. “Nunca se me ocurrió pensar que ya lo había hecho antes: miraba todo con ojos nuevos”, cuenta. “Además no te das cuenta. Pensás que sos el más moderno de todos y de pronto mirás por encima del hombro y ves a toda una nueva generación dispuesta a pasarte por encima.” Así completó el círculo; ya no necesitaba imaginar el Buenos Aires que había desaparecido: le bastaba con recordar el suyo, que ya estaba desapareciendo.

A pesar de la porteñez, una de las cosas en las que insiste Samalea es que ser porteño, o al menos ser porteño de la época que es él, implica ser cosmopolita. “Renegar de eso es olvidar lo importante que fueron para nosotros las investigaciones de los Talking Heads en la música africana y toda la música que escuchamos durante nuestra adolescencia. Para nosotros, ser porteño es decir alguna que otra palabra en inglés, por ejemplo”, afirma este buscador musical que asegura tener lista una novela. A Samalea no le preocupa no andar corriendo atrás de las canciones. “Después de todo, uno corre siempre atrás de sus obsesiones infantiles, y las canciones nunca estuvieron entre ellas”, dice Samalea. Y extiende la definición a sus dos ocasionales compañeros de viaje.

Además de ese cosmopolitismo con un toque autóctono y de la prescindencia de la canción, otro tópico en el que confluyen las músicas de este trío de músicos es la mística del viaje. “Es más importante pensar en el viaje como búsqueda que como traslación geográfica”, apunta Basso. “Porque también están los viajes de la mente: por algo existen las drogas y los movimientos que las reivindican. Y los viajes que hacés con la literatura, que para mí son los realmente inspiradores. Después, sí: están los momentos de tránsito, que siempre es interesante vivir. Pero, como un baqueano me dijo una vez en un campo en Rosario: ‘Vaca que cambia de querencia, demora en la parición’. Y es verdad: si uno se está moviendo todo el tiempo, tarda en dar sus frutos.” A lo que Samalea agregaría: “Estar en un lugar hace que no puedas estar en otro. Hay que elegir”. Samalea, Basso y Krygier eligieron dejar de ponerse al servicio de las canciones para ponerse al servicio de su propia música. Eligieron recordar que tienen tiempo para empezar a usarlo, ahora, a su favor. R

Christian Basso y Axel Krygier tocan juntos el 21 de febrero en el Teatro El Globo.



Las partículas elementales

Con una estética a la vez mínima y sofisticada, *Elemental* –el nuevo trabajo de Marcelo Katz– despliega una formidable batería de recursos (sombras chinas, globos, proyecciones, diapositivas) para narrar el hipnótico viaje de un hombre en busca del amor.

De elemental no tiene nada. Al contrario: va a contramano de las obras para grandes y chicos que empalagan, abrevan en lugares comunes, multiplican compulsivamente los estímulos y subestiman al público. *Elemental*, la nueva creación de Marcelo Katz, uno de los fundadores –junto a Gerardo Hochman– de La Trup (el grupo de nuevo circo que produjo espectáculos renovadores como *Emociones simples* y *En órbita*), tiene una estética a la vez despojada y elaborada, mucho humor, poesía e ingenio. Mariana Rub, una de las jóvenes intérpretes del elenco, lo explica con claridad: "El título surgió durante el proceso de creación. Empezamos a trabajar con los juegos de la infancia, con elementos como agua, arena, aire. De ahí lo de 'elemental'".

Como en un bello sueño se suceden imágenes potentes y sintéticas, que por momentos parecen surgir del pincel de Rousseau o Magritte y, por otros, de algún artista *naïf*. Casi no hay palabras, pero sí una banda sonora muy rica que recorre un amplísimo espectro musical: jazz, música de circo, música clásica, bolero, letras en francés y hasta una voz grave como la de Leonard Cohen. Los enteritos coloridos, tan típicos del vestuario teatral infantil, han sido reemplazados por smokings rigurosos o por kimonos blancos, además de pelucas ingeniosas y máscaras blancas como en el teatro oriental. Con estos elementos, el elenco desgrana su amplia batería de recursos: sombras chinas, proyecciones de luces y figuras sobre una pantalla, globos inflados con helio y su hipnótica lentitud aérea (que usan a modo de sables o palos manejados por los samurais), interacciones de los personajes con diapositivas y hasta una orquesta que se va ensamblando al ritmo de *Blue Moon* con instrumentos de lo más raros. "No sacamos del todo la palabra pero sin dudas privilegiamos lo visual", asegura Rub. Responsable de puestas elogiadas como *Allegro ma non troppo* y *Guillermo Tell*, Katz sabe cambiar los climas, dosificar el uso de objetos y enhebrar los distintos números en la historia de un hombre que busca un amor y se topa con toda clase de dificultades. El personaje de Rub es el objeto de esa búsqueda; ella es la que causa –en parte– las idas y vueltas escénicas, materializadas por una especie de cinta transportadora (que el público no ve y acaso ni exista, en cuyo caso es asombrosa la habilidad con que los actores cambian el ritmo de sus desplazamientos) que hace que los personajes, ni bien la pisan, se muevan velozmente.

Allí el protagonista pierde su eje: ya no sabe dónde está, ha perdido de vista a la mujer que lo desvela y luego debe soportar el acoso de tres doncellas. Entonces suena *Bésame mucho* en una versión cómica, con mucho acordeón, mientras en una gran pantalla blanca se proyecta la imagen del hombre y del trío que le canta sin ningún tipo de tapujo. "Se puede seguir el cuento, pero también es bueno que la gente se deje llevar por las imágenes y disfrute", comenta la actriz. A esa entrega casi hipnótica invita el espectáculo al comienzo, con la aparición del protagonista rodeado de unos jarrones con luz que se mueven y generan reflejos parecidos a los de la luz en el agua, o cuando las tres chicas, totalmente envueltas en sábanas, bailan un rap con aires fantasmales. Lo que el público ve, en ese caso, son las tres figuras proyectadas: sombras nítidas que desconciertan, porque son sólo formas oscuras sobre un fondo blanco, sin detalles, meras variaciones de colores y texturas.

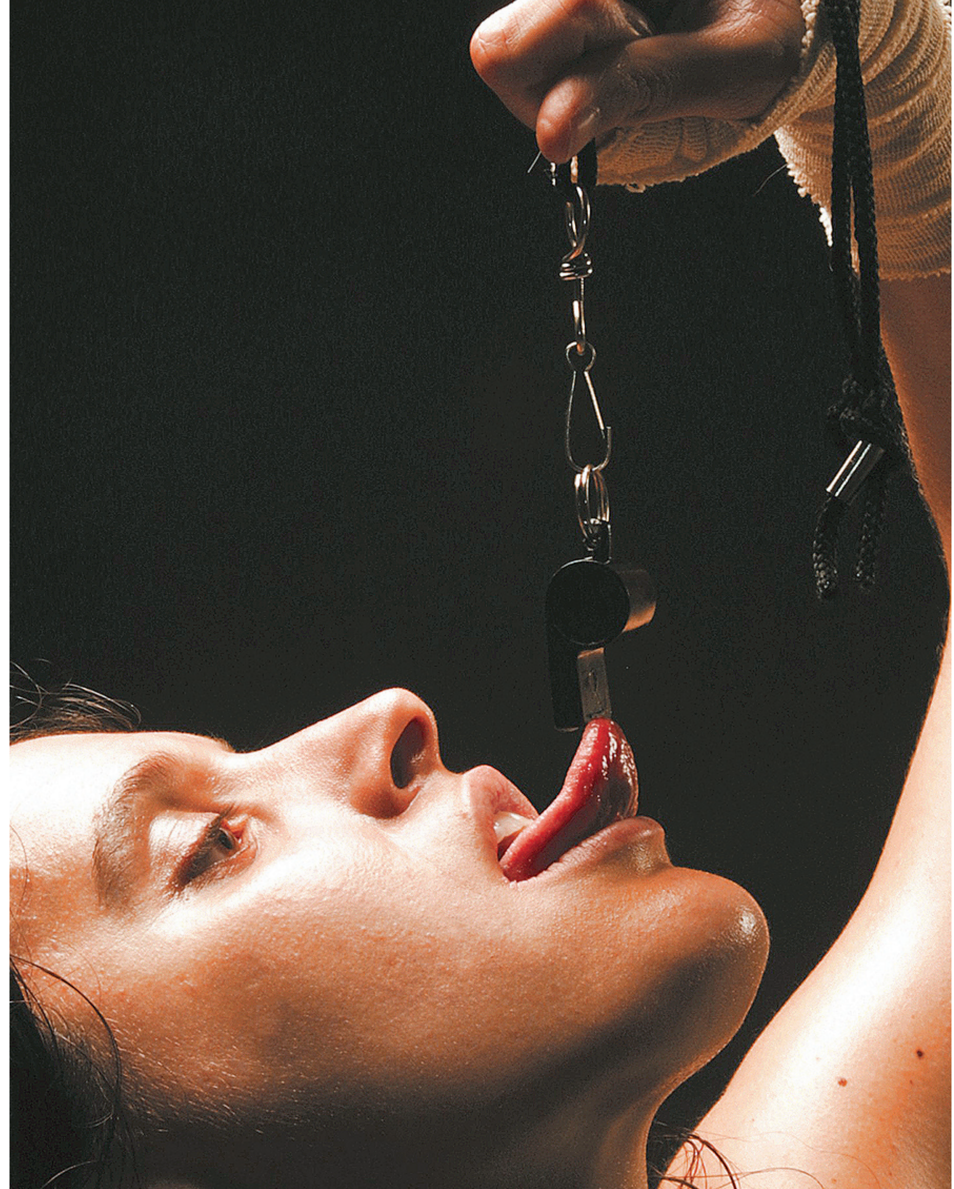
Puede que el final no sea del todo feliz, pero para Mariana Rub el acento está en otro lado: "Más allá del resultado, lo que importa es el viaje: es ahí donde al protagonista le pasan cosas buenas".

***Elemental*, de jueves a domingos a las 21 horas en la sala A-B del Centro Cultural San Martín (Sarmiento 1551).**



GUIONARTE
Primera Escuela Argentina de Guión y Creatividad
1991 / 2004
ABIERTA LA INSCRIPCION
CURSOS DE VERANO Y CARRERA
Taller de Proyectos.
Puesta en Escena.
Dirección de Actores.
www.guionarte.com.ar
Directora: Lic. Michelina Oviedo
Malabia 1275. Bs. As. / 4772-9683 / guionarte@ciudad.com.ar

La única carrera de guión con historia
Declarada de Interés Nacional (Min. Educ. y Cultura) Res.123/1996



Del mismo barro

José María Muscari reunió una galería de freaks en bikini para postular su concepto actual de teatro: no hay escenario sino ring, las relaciones entre personajes son un torneo de obscenidades y la lucha libre, la única forma de conflicto dramático.

"El espectáculo es una aplanadora. Produce un impacto muy fuerte. Hay tipos que leen *lucha de barro y sexo entre mujeres* y van a ver eso y punto. Pero buscan algo que no encuentran, porque si bien es caliente, la experiencia no es un porno-show. Y también hay gente que se levanta y se va porque no se lo banca." El que habla es José María Muscari, el director y actor que sacudió el *under* con *Mujeres de carne podrida* y tuvo una deslucida incursión en el teatro comercial con *Desangradas en glamour*, y la "experiencia" que describe es *Catch (Lucha de barro + sexo entre chicas)*, su última creación, recién desembarcada en el Teatro Lorange de la avenida Corrientes.

La obra tuvo un comentado preestreno en el Centro Cultural Adán Buenosayres el año pasado, cuando un integrante del elenco –un chanchito– generó una serie de problemas judiciales. Una vecina denunció que el Centro Cultural mantenía en cautiverio a un animal no doméstico, lo que obligó a someterlo a distintos tipos de pericias para comprobar su estado. Aunque los resultados de las pruebas fueron satisfactorios, Muscari prefirió devolver el animal al campo donde lo compró y hacer la última función con un elenco ciento por ciento humano, para luego aceptar la propuesta de Carlos Rottemberg de trasladarse al Lorange.

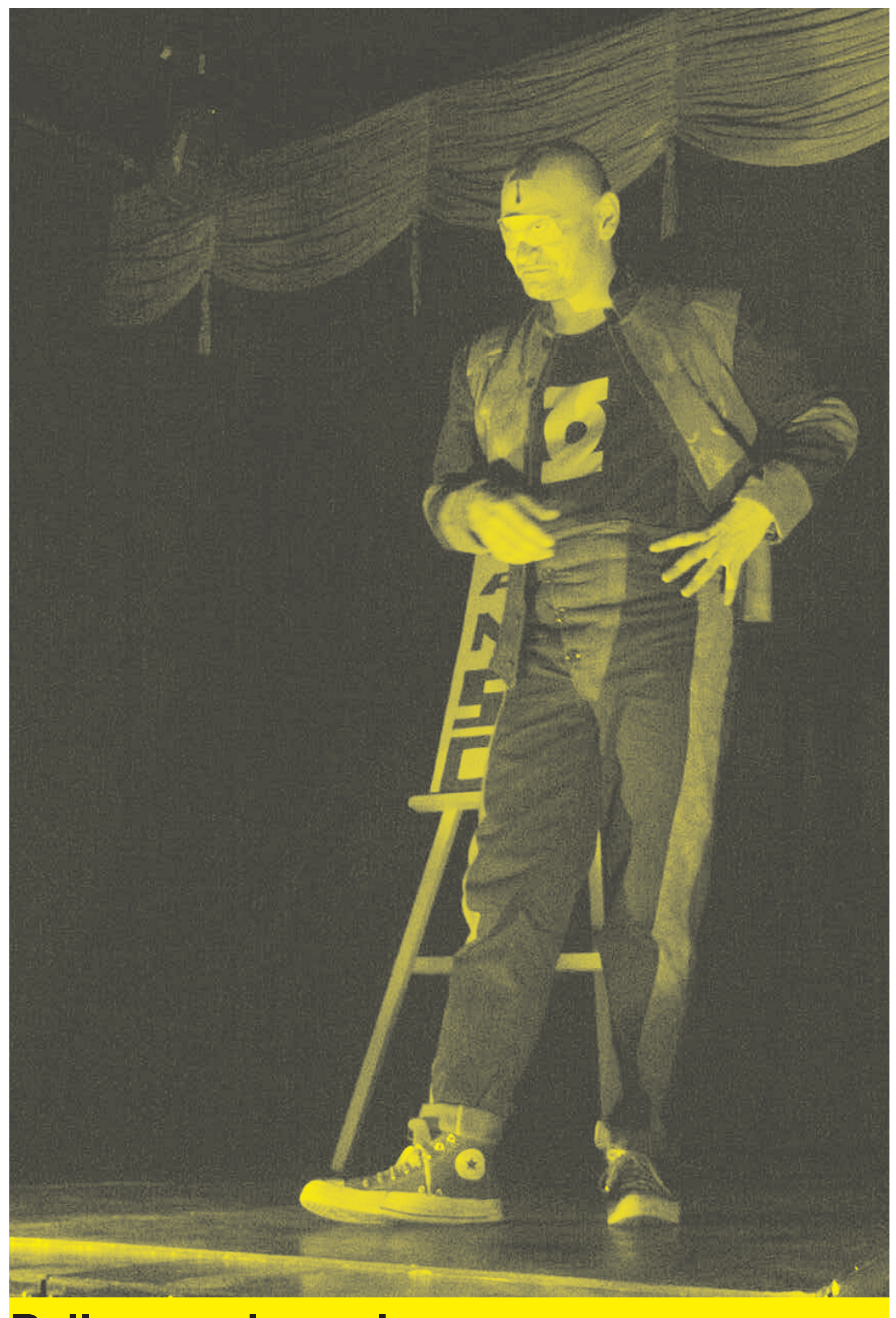
De jueves a domingos, unas cuatrocientas personas por función (principalmente gente joven y hombres solos) hacen cola para ver el show con entrada a la gorra. Los primeros cuatro días pasaron cerca de dos mil personas. La acción comienza en plena avenida, con un travesti y una actriz que recorren la larga fila invitando al festín. Adentro se oye a todo volumen el tema *Malchik Gay*, del popular dúo ruso Ta-Tu, y las actrices se lanzan a un feroz entrenamiento de lucha y boxeo.

En el ambiente se respira el aire provocativo que ya es un sello personal del director. Las chicas, que manejan un lenguaje procaz, se desnudan, se insultan, se dividen en dos bandos rivales, se golpean, rechazan y atraen. En el ring que ocupa casi todo el escenario, los dos personajes del comienzo comandan la rutina; la mujer –una morena estilizada, de gestos mandones y voz imperativa– impone cierto orden en la agresión que traspasa las cuerdas. Las mujeres se maltratan en función de sus rasgos físicos, y su principal objetivo parece ser ganarse un lugar a costa de la otra.

"Ninguna de las actrices es Pampita", comenta Muscari. "Todas salieron de un casting. Hay morochas, una pelirroja, hay gordas y viejas, hay una del interior y otra con cuerpo de patovica. Están fuera de los cánones socialmente aceptados. Y me interesó reflejar qué pasa con el diferente, cómo se lo trata, qué se le dice. También jugar con una idea bastante subvertida del sexo: un hombre que quiere ser mujer, una mujer que quiere ser hombre, mujeres entrenando para alcanzar una especie de masculinidad que las legitimaría. La lucha de barro me atrajo por la onda patética. Quise investigar el tema y usarlo como excusa para hablar de los distintos niveles sociales que solemos ver como peligrosos. Y volviendo a Pampita, mientras miramos sus curvas en las revistas, hay un montón de cosas que suceden y de las que no nos percatamos, porque son dolorosas y difíciles de sostener. Pampita, como universo, es inofensivo."

Las ideas de Muscari suenan interesantes, pero para acceder a ellas hay que sortear primero el impacto que produce esta performance con su arsenal de malas palabras y sus toques de lesbianismo guarro. Los dos maestros de ceremonias hacen pis en escena, hay una mujer casi anciana que se desnuda y Cristian Morales –el actor que hace de travesti– se hace cargo de muchos momentos de humor (algunos distienden, otros cansan por lo soez) y se pasea entre las butacas para encarar con menor o mayor sutileza a algún caballero de la platea. Inútil esperar algún tipo de crecimiento dramático: el fuerte de *Catch* son los antagonismos brutales, primitivos, esquemáticos. Según Muscari, "en un ambiente tan hostil como el que aparece en escena, la violencia, el desnudo y lo procaz son elementos casi naturales".

***Catch*, los jueves, viernes y sábados a las 23.30 y domingos a las 22 en el Teatro Lorange (Corrientes 1372).**



Belloso ve los colores

Después de *Pará fanático y Dr. Peuser*, Carlos Belloso vuelve a explorar su proverbial humor monstruoso en *Ojo!!!*, un unipersonal centrado en el tema de la mirada que incorpora, además, el hit musical "Nerón no era miope".

¿Cómo no identificarse en algún punto con los personajes de *Ojo!!!*? En su nuevo unipersonal, Carlos Belloso muta en una serie de criaturas exageradas, inadaptadas, fuera de órbita, que transmiten algún tipo de desajuste con alguna zona de la realidad: el miope que directamente no "ve" la realidad ni tolera a su madre, el psicoanalista que disocia el mundo, el mentalista perdido... Un abanico de disfunciones que el ex integrante del dúo cómico Los Melli (donde hacía tándem con Damián Dreizik) despliega a partir del tema de la mirada. Como un camaleón con su guitarra a cuestas (la lleva colgada a modo de mochila), Belloso pasa de un personaje a otro sin previo aviso. Y si le bastan unos pocos minutos para expresar el mundillo de cada uno es porque sabe apoyarse en su gran capacidad histriónica, por momentos expresionista y grotesca, que maneja con total solvencia.

Esta vez, Belloso suma además unas breves y delirantes canciones de su autoría –*Nerón no era miope*, *No maten más vacas*, *Heladera Siam*– en las que demuestra mucha habilidad para cambiar ritmos y tonos de voz: puede emular a Elvis, sonar blusero, rapero o bien liviano, casi imperceptible. Ya los títulos de las canciones dan una idea de la amplitud de temas que el doble ganador del Martín Fierro (por los personajes de Willy, en *Tumberos*, y El Vasquito, en *Campeones*) encara en esta obra.

Enseguida se crea un clima íntimo y directo entre el actor y el público, que lo sigue muy de cerca desde las mesitas de la pequeña sala Gargantúa. Belloso busca la complicidad del otro y se pone a improvisar cuando alguien suelta alguna frase o una carcajada sostenida y estridente. Su versatilidad se impone con una fuerza avasalladora, y la velocidad con que despliega su coctelera de agudezas y juegos de palabras produce algo parecido a una embriaguez. Y todo empapado de un lenguaje gestual que coquetea con la monstruosidad.

Sin embargo, la intensidad de la primera parte del espectáculo no se sostiene hasta el final: el primer personaje resulta el más orgánico, pero con el devenir de la obra los monólogos van perdiendo consistencia, y lo que prometía ser un banquete –la mirada, tema abordado por biólogos, pintores, psicoanalistas y filósofos, puede generar en el público expectativas tal vez desmedidas— deja un sabor no del todo convincente. El desfile de personajes se evapora sin dejar una huella firme, las situaciones casi no tienen un desarrollo dramático y el tema de la mirada no alcanza para darle cohesión a lo que sucede en escena.

A diferencia de los unipersonales anteriores, *Pará fanático* y *Dr. Peuser*, aquí Belloso asumió también la dirección del espectáculo, una decisión que acaso le reste peso a la propuesta. El desdoblamiento no es sencillo, y menos aun cuando el meollo supone tantas perspectivas de análisis. Nada de todo eso altera, sin embargo, la adhesión del público, unánime desde el día del estreno, a tal punto que hubo que sumar dos nuevas funciones a las iniciales del viernes y sábado. Belloso está felizmente sorprendido. La revelación de su faceta musical (que iniciara con el personaje de Lito, el loco rockero de la tira *Sol Negro*) resulta un grato hallazgo, y, más allá de ciertos desajustes, *Ojo!!!* no defrauda a quienes buscan diversión y encontrarse con un actor intenso y generoso.

***Ojo!!!*, los jueves y domingos a las 21 y los viernes y sábados a las 23 en Gargantúa (Jorge Newbery 3563).**



La otra cara del tango

Montado en los aires de renovación que respira el dos por cuatro, el varieté *Tangoservicio Tararira* desacraliza el dogma musical porteño con monólogos de humor, coreografías paródicas y tangos a ritmo de bossa y de candombe.

Se juntaron para poder hacer todo aquello que en otros escenarios les estaba vedado. Provienen del tango y de la actuación, y la mayoría se conoció en el musical *El Romance del Romeo y la Julieta.* De allí surgió una amistad que derivó en cenas y discusiones interminables sobre el dos por cuatro. Hasta que la propuesta de Mauricio Dayub les dio el empujón final y *Tangoservicio Tararira* tomó su forma definitiva.

En Palermo Hollywood, la flamante sala Chacarerean Teatre recibe los viernes por la noche a Federico Mizrahi, Luis Longhi, Guillermo Fernández, Claudio Gallardou, Julio Zurita, Carolina Pujal, Myriam Santucci, Alfredo Piro y el Chino Laborde, una *troupe* de artistas que oscilan entre los 30 y los 40 y tienen ganas de desacralizar el tango. "Somos tangueros", aclara Longhi, un eximio comediante que se acercó al bandoneón para completar su formación actoral, estudió con Rodolfo Mederos e integró durante años el quinteto Tangata Rea. "Pero nos interesa ofrecer nuestra visión y hacer verdaderamente lo que queremos."

El nombre del show puede sonar algo confuso, pero las miles de voces grabadas que tararean tangos al comienzo del espectáculo disipan las dudas. Lo que sigue es una sucesión de momentos de música en vivo, canto, baile, monólogos, recitados y mucho humor. Fernández ofrece una hermosa versión de *Viejo smoking* en ritmo de bossa; Longhi abre la noche con un monólogo desenfadado sobre las mujeres, y luego se transforma en un maestro ruso de violín con debilidad por sus alumnas; Claudio Gallardou, además de hacer la percusión en muchos temas, recita un emotivo texto de su padre; y los bailarines se lucen por partida doble: en un número serio y en otro que parodia los estereotipos tangueros.

El clima es totalmente distendido, acorde con la atmósfera de las noches amistosas en que se iba macerando el espectáculo. Los intérpretes toman su copa de vino, aprovechan que no les toca actuar para sentarse en el piso del escenario y cada noche suman al show a invitados como Horacio Fontova y el guitarrista cordobés Hernán Reinaudo, uno de los músicos jóvenes más talentosos del momento. El público participa tarareando, y sobre el final se anima a unirse al elenco en el clásico *Volver*, en clave de candombe.

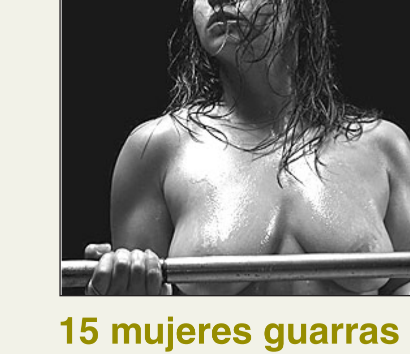
Compositor y arreglador, Mizrahi es en gran medida responsable de la calidad musical del show. Desde su piano brinda composiciones notables, y hasta un collage de fragmentos de canciones de películas debidamente tamizados por las armonías tangueras. En el 99, Mizrahi creó con Longhi *Demoliendo Tangos*, otra obra con formato café-concert que sigue recorriendo salas porteñas con tangos y textos influenciados por el rock y por Piazzolla. "En ese primer show nos interesó abrir nuevos campos de acción para el tango", cuenta Longhi, que el año pasado participó, bandoneón en mano, de la tira *Hospital público*. En *Tangoservicio Tararira*, el dúo decidió abrir la apuesta a otras expresiones de la música ciudadana y hacerlo con amigos. "A Claudio (Gallardou) lo invitamos para que nos acompañe en algunos temas, pero se entusiasmó tanto que pasó a formar parte del elenco estable. Y Fontova, Reinaudo, todos quieren volver. Pero tuvimos que fortalecer la estructura de la obra, porque llegó un momento en que tanta informalidad nos superaba", confiesa. Estrenado a fines del 2003, este varieté tanguero ofrece en su nueva temporada un elenco aggiornado y un par de novedades: la versión a dúo de *Bajo un cielo de estrellas*, por Piro y Laborde, y *Recuerdo*, que Laborde canta acompañado por Fernández en guitarra. Enmarcada en la apertura que el tango atraviesa desde hace unos años, *Tangoservicio Tararira* es una experiencia que sorprende.

***Tangoservicio Tararira*, los viernes a las 23.30 en Chacarerean Teatre (Nicaragua 5565).**



AGENDA

domingo 25



15 mujeres guarras

Catch. Lucha de barro + Sexo entre chicas es la obra de José María Muscari (creador de *Mujeres de carne podrida*) en la que 15 mujeres "luchan" –no en el sentido literal, pero tampoco en el sentido metafórico– e intentan no sucumbir. Sensibles, sucias, exhibicionistas y guarras... O a eso juegan. *Catch* también es un grito de guerra de sexo que muestra cuán perversas pueden llegar a ser las relaciones entre chicas.
A las 22 (jueves, viernes y sábados a las 23.30) en el Teatro Lorange, Corrientes 1372. A la gorra.

CINE

Kieslowski Proyección de *Rouge* (1993, tercera parte de la trilogía *Fraternidad*) de Krzysztof Kieslowski, en el Cineclub Eco.
A las 20, Corrientes 4940, 2º E. Informes: 4854-4126. Entrada: $4.

Scola En el ciclo de video debate que organiza el Instituto Sicrea se podrá ver *La cena*, de Etore Scola. Con la coordinación de Judith Rozemblat.
A las 20, en Palestina 681 (alt. Corrientes 4200). Informes: 4864-1896. Entrada: $4.

Caso Dentro del ciclo de cine policial francés se exhibe *El caso Marcorelle (L'affaire Marcorelle, 2000)* de Serge Le Péron. Film inédito en Argentina.
A las 14.30, 17, 19.30 y 22, en el San Martín, Corrientes 1930. Entrada: $3.

MÚSICA

Jazz El dúo de jazz Cavalli-Romero se presenta en el Balneario del Viejo Hotel Ostende.
A las 18, en Biarritz esq. Cairo (Ostende). Informes: (02254) 486081. **Gratis**

Acústico El *Paola Gamberale Trío Acústico* presenta su primer cd *Pulso en sed*. El grupo está compuesto por Claudio Risso (en batería), Pablo Tozzi (en contrabajo) y Paola Gamberale (en guitarra y voz).
A las 21 en Notorius, Corrientes 1743. Entrada: $10.

Iaies El pianista Adrián Iaies presenta su última producción discográfica, titulada *Nocturna*, con una formación de cuarteto: Fernando Martínez en contrabajo, Arturo Puerta en batería y Pablo Mainetti en bandoneón.*A las 22 en La Revuelta, Alvarez Thomas 1368. Entrada: $15.*



TEATRO

Directivas Sube a escena el actual éxito del teatro brasileño *Nuevas directivas para tiempos de paz*, de Bosco Brasil. La versión argentina está protagonizada por Arturo Bonín y Norberto Díaz y tiene dirección de Víctor García Peralta. La obra es un tributo a los inmigrantes.
A las 20.30 (jueves, viernes y sábados a las 21), en Teatro La Comedia, Rodríguez Peña 1062. Reservas: Tel. 4815-5665. Entradas: $15 y $20.

Denevi La compañía de teatro La Comedia de Hacer Arte de Rosario presenta su versión teatral de la novela de Marco Denevi *Rosaura a las diez*.
A las 23.30 (todos los días) en la Alianza Francesa de Mar del Plata, La Rioja 2065. Reservas: (0223) 494-0120. Entrada a la gorra.

ARTE

Derderian Ultimo día para disfrutar de los objetos y pinturas que Isabel Derderian expone en el Centro Cultural Recoleta.
De 10 a 21, en Junín 1930. **Gratis**

lunes 26



Cine italiano de oro

Entre 1942 y 1961 Italia vivió la guerra, la caída del fascismo, el triunfo de la Democracia Cristiana, el proceso de industrialización, la liberación de las costumbres, la concentración urbana y el milagro económico. *Una mirada al cine de oro italiano*, el ciclo que ofrece el Centro Cultural Borges hasta el 4 de febrero, permite un interesante acercamiento al período. (Todos los días, excepto el 31, a las 20).
Hoy se exhibe Los Monstruos *(de Dino Risi), en Viamonte y San Martín. cine@ccborges.org.ar*



ARTE

Contemporáneo Hasta el 27 de febrero, Leandro Katz, Juan Travnik, Martín Kovensky y Carlos Espartaco presentan la muestra *Verano 04, trastienda de 180 arte contemporáneo*, en *Filo, espacio de arte.*
De 12 a 24 (de lunes a viernes; sábados de 13 a 16 y de 21 a 24), en San Martín 975. **Gratis**

Grabadores Hasta el 30 de enero se puede visitar la muestra *Los grabadores en Barbaria*, en el Centro Cultural de España. La exposición agrupa las obra de los artistas plásticos que ilustraron la revista durante 2003.
Todos los días, en Florida 943. Informes: 4312-3214. **Gratis**

Ortega Hasta el 29 de febrero se puede ver la muestra de fotografías y textos *José Ortega y Gasset. Sus viajes a la Argentina.*
De 10 a 21 (domingos de 12 a 21) en el Centro Cultural Borges, Viamonte y San Martín. Entrada: $2.

Sur Continúa hasta el 7 de marzo *Pasiones y conflictos*, muestra-homenaje a Victoria Ocampo, la fundadora de la revista *Sur*. La exposición presenta más de 150 piezas de museo. Entre ellas se destacan fotografías tomadas por Gisèlle Freund y las primeras ediciones de más de 30 de sus libros.
De lunes a sábados de 10 a 21 (domingos de 12 a 21), en el C.C. Borges, Viamonte y San Martín. Entrada: $4 (estudiantes y jubilados $2).

ETCÉTERA

Danza Está abierta la inscripción para el IV seminario intensivo de danza butoh que se realizará los días 12, 13, 14 y 15 de febrero y estará a cargo de Rhea Volij.
Informes: 4574-3227.

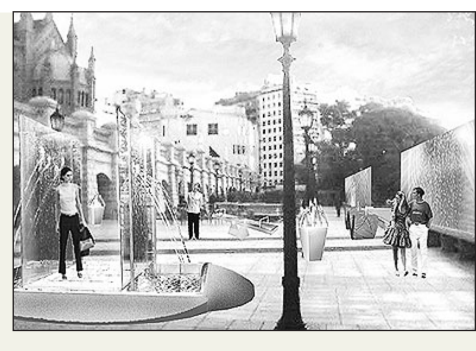
Seminario Está abierta la inscripción para el Seminario Intensivo de Clown que dictará Raquel Sokolowicz durante el mes de febrero.
Informes, entrevistas e inscripción: 4831-1746.

Chicos Para chicos de 4 a 16 años, el Centro Cultural Borges organiza el programa educativo *Tardes de arte*, en el que se invita a dibujar, pintar y construir obras con libertad y experimentando con diversos materiales.
A las 17 (de jueves a domingo), en Viamonte y San Martín. Informes: 5555-5656. Entrada: $3.

CINE

Gángster Dentro del ciclo de cine policial francés se exhibe *Bob le flambeur* (1956) de Jean-Pierre Melville. El film narra la historia de un gángster en plan de retirarse de su noble actividad.
A las 14.30, 17, 19.30 y 22, en el San Martín, Corrientes 1930. Entrada: $3.

martes 27



Aguas vivas

La arquitecta y artista plástica Lily Wicnudel instala su obra *¡Viva el agua!*, un recorrido de 150 metros en el que se puede contemplar la interacción entre el agua en movimiento, las luces y los sonidos. En el centro de la muestra interactiva, los arcos laminares (láser y agua) viajan con la luz. También hay espacios interactivos y juegos cinéticos para niños y adultos.
De 10 a 22, en las terrazas de Buenos Aires Design, Av. Pueyrredón 2501 (y Libertador). Informes: 15 5183 9214 **Gratis**

CINE

Círculo Dentro del ciclo de cine policial francés se exhibe *El círculo rojo (Le cercle rouge*, 1970) de Jean-Pierre Melville.
A las 14.30, 18 y 21, en el San Martín, Corrientes 1930. Entrada: $3.

Fellini Dentro del ciclo Una Mirada al Cine de Oro Italiano se exhibe *Ocho y medio* de Federico Fellini, en el Centro Cultural Borges.
A las 20, en Viamonte y San Martín. Informes: cine@ccborges.org.ar



ARTE

Guiadas Continúan las visitas guiadas que permiten acceder en profundidad a las muestras de los artistas plásticos argentinos Edgardo Antonio Vigo y Sebastián Gordón.
De martes a domingos a las 18 (hasta marzo), en Espacio Fundación Telefónica, Arenales 1540. **Gratis**

Andino Por primera vez en quince años, el Museo Nacional de Bellas Artes exhibe su colección de textiles hispánicos andinos bajo el título *Textiles andinos.*
Martes a viernes de 12.30 a 19.30 (sábados y domingos de 9.30 a 19.30), en el MNBA, Figueroa Alcorta y Pueyrredón. **Gratis**

Escultura Para las tardes de verano, el estudio de Silvia Kurten propone talleres de escultura y papel hecho a mano para adolescentes y adultos y un taller de construcciones para chicos. No se requiere experiencia previa.
En Giribone 790. Informes: 4775-0789.

Retratos Continúa la exposición *Las modelos de Eugenia*, retratos femeninos pintados al óleo por Eugenia Belén Sarmiento, nieta del prócer sanjuanino. *De lunes a viernes de 14 a 19 en el Museo Histórico Sarmiento, Juramento 2180.*

ETCÉTERA

Actuación Está abierta la inscripción para el seminario de actuación que dictará Pablo Ruiz.
Martes y jueves de febrero, en el Sportivo Teatral, Thames 1426. Informes: 4300-9218.

Ansiedad "Novedades en ansiedad, estrés, pánico y fobias" es el título de la conferencia que brindarán los doctores Enzo Carcardo y Pablo Resnik.
A las 19.30, en Scalabrini Ortiz 3355, piso 4º, depto. "I". Informes: 4805-2731 **Gratis**

Clown Está abierta la inscripción para el curso intensivo de clown que brindará durante febrero Cristina Marti (ex integrante del Clu del Claun). *Informes: 4542-6384.*

Taller Está abierta la inscripción para el taller de guitarra que brindará Aldo González en el Centro Cultural Enrique Santos Discépolo.
En Casullo 242, Morón. Informes: 4627-8136, culturaldiscepolo@infovia.com.ar

Para aparecer en estas páginas se debe enviar la información a la redacción de Página/12, Belgrano 673, o por Fax al 6772-4450 o por e-mail a **pagina12@velocom.com.ar** Para que ésta pueda ser publicada debe figurar en forma clara una

miércoles **28**



La libertad es zorra

Sorprendente regreso de Libertad Leblanc, con la obra titulada *La zorra y sus lolitos*. Vestuarios lujosos, humor, pasos de comedia, un desfile con pasarela incluida para el público –que se mete en la ficción que propone la obra– y proyecciones multimedia de las grandes escenas eróticas de sus films más calientes. La Leblanc compone un gracioso personaje llamado "Ruth", dueña de la agencia de modelos "Lolitos".
A las 21 (también jueves, viernes y domingos; sábados 23 y 1), en el Teatro Premier, Corrientes 1565. Entradas desde $20.



MÚSICA

Brasil El trío Melero-Míguez-Iovino (bossa nova, samba y música popular brasileña en general) presenta las canciones de su primer CD *Beleza pura*, un viaje por la cultura y poética del Brasil desde Tom Jobim, Vinicius de Moraes y Joao Gilberto, hasta Caetano Veloso y Gilberto Gil, entre muchos otros.
A las 21, en Notorius, Callao 966. Reservas: 4813-6888. Entrada: $10 (con anticipación $7).

Jazz El *Esteban Sehinkman Quinteto* (música original) presenta su nuevo disco *La espuma de los días*. El ESQ está formado por Néstor Lamónica (batería), Carlos Michelini (saxo soprano y clarinete), Nico Said (saxo tenor), Sabino Paz (contrabajo) y Esteban Sehinkman (piano y composición).
A las 21, en Notorius, Corrientes 1743. Entrada: $7.

Cuatro El grupo *Jazzoncuatro*, integrado por R. Coviello (batería), H. Benchuya (piano), O. Pittana (bajo) y M. Sosa (voz), se presenta en el Virasoro Bar.
A las 22, en Guatemala 4328. Reservas: 4831-8918. Entrada: $5.

Piano El pianista Francisco Lo Vuolo presenta sus temas de *Solo piano*, en *La Revuelta.A las 21.30, en Alvarez Thomas 1368. Entrada: $5.*

CINE

Policía Dentro del ciclo de cine policial francés, se exhibe *Police Python* (1975) de Alain Corneau.
A las 14.30, 18 y 21, en el San Martín, Corrientes 1930. Entrada: $3.

ETCÉTERA

Brizuela En el marco del ciclo *Verano con escritores*, que organiza editorial Alfaguara, se presenta Leopoldo Brizuela, quien hablará sobre *La Patagonia como paisaje literario*. En compañía de Osvaldo Quiroga.
A las 21, en el Hotel Costa Galana, Boulevard Marítimo, P. Peralta Ramos 5725, Mar del Plata. **Gratis**

Foucault Se encuentra abierta la inscripción para el seminario-taller que dicta Rubén H. Ríos sobre la *Historia de la sexualidad* de Michel Foucault. El trabajo que se propone se centra en el primer tomo de la obra: *La voluntad de saber*.
Informes e inscripciones: 4863-0193 o rubenhrios@uolsinectis.com.ar.

Cursos Comedia musical, juegos teatrales, malabares, swing, narración, acrobacia aérea, canto, teatro cómico, son algunos de los cursos que se pueden tomar en el centro cultural Buenas Artes Social Club. El costo de las clases es de $3 la hora.
Informes: 4776-7117, Armenia 1244, 3º piso (de 17 a 21).

Taller Está abierta la inscripción para el curso de diseño (indumentaria, reciclaje, accesorios) que ofrece el Centro Cultural Enrique Santos Discépolo.
En Casullo 242, Morón. Informes: 4627-8136.

jueves **29**



Semana de la crítica

Comienza la *VI Semana de la Crítica* organizada por la Federación Internacional de la Prensa Cinematográfica, que acerca al público siete preestrenos. En esta edición, las películas que se presentan conforman un ciclo dedicado a importantes títulos internacionales y films argentinos todavía inéditos. La muestra se inaugura con *La cruz del sur*, del argentino Pablo Reyero.
A las 13.30, 15.40, 18, 20 y 23, en los cines Hoyts de Abasto (sala 10). Entrada: $5,50.

CINE

Meyer Se proyecta *Supervixens*, la película con la que Russ Meyer dio una nueva vuelta de tuerca a sus *tours* nudistas y profundizó como nunca el tono y la estética de la comedia ultrabizarra.
A las 21.30, en Santa Colomba Bar, Gorriti 4812. Entrada: $1.

Locura Dentro del ciclo de cine policial francés, se exhibe *La quiero con locura (Dites-lui que je l'aime*, 1977) de Claude Miller, con Gérard Depardieu y Dominique Laffin.
A las 14.30, 17, 19.30 y 22, en el San Martín, Corrientes 1930. Entrada: $3.

TEATRO

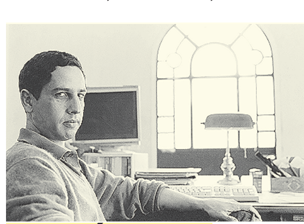
Comedia Todos los jueves se presenta Martín Rocco (ex *Cómico Stand-up*) con su obra *Stand-up a full*, en la que despliega sus monólogos sobre el rechazo, las relaciones de pareja, la vida cotidiana en la ciudad y la publicidad, entre otros temas.
A las 21, en La Trastienda, Balcarce 460. Entrada: $10.

Taller Está abierta la inscripción para el curso de teatro que brindará Damián Ríos en el Centro Cultural Enrique Santos Discépolo.
En Casullo 242, Morón. Informes: 4627-8136.

MÚSICA

Guerschberg El pianista y compositor Nicolás Guerschberg se presenta en una misma noche con dos formaciones distintas: en trío (con Mariano Sívori en contrabajo y Daniel Piazzolla en batería) y en dúo (con Gustavo Musso en saxo).
A las 22 en La Revuelta, Alvarez Thomas 1368. Entrada: $7.

Miranda Se presenta la curiosa banda *Miranda!* en Mar del Plata.
A las 22.30, en Barnon, Alem 3728. **Gratis**



ETCÉTERA

Crímenes Dentro del ciclo *Historias de Escritores* se presenta el escritor y matemático Guillermo Martínez, que hablará sobre su recientemente editada novela *Crímenes imperceptibles*, Premio Planeta 2003.
A las 21, en el Sheraton Hotel de Mar del Plata (Paso esquina Alem). **Gratis**

Velada Dentro del ciclo de veladas *Pisar el césped*, que combina lecturas, proyecciones y música en la terraza del Malba, los escritores Patricia Suárez, Ariel Schettini y José María Brindisi leerán sus textos. Las imágenes estarán a cargo del Grupo Doma y el cierre musical es de *Mi tortuga Montreux*.
De 19 a 22, en el Malba, Figueroa Alcorta 3415. **Gratis**

Chicos El Malba también propone para el verano juegos y actividades didácticas en un recorrido por la colección y la exposición temporaria. Especialmente diseñados para que los chicos y sus familias disfruten del arte latinoamericano. Para chicos de 4 a 10 años, acompañados por un adulto.
A las 17 (también lunes y domingos), en Figueroa Alcorta 3415. Entrada: $4 (menores de 3 años, gratis).

viernes **30**



La peregrinación argentina

Con dirección de Carlo Argento se presenta el espectáculo de varieté *Dignos de lástima. La gran caminata*. Los personajes, habitantes de la geografía urbana, emprenden una peregrinación hacia una virgen sanadora. En ese extraño marco se suceden expresiones de hipocresía, fanatismo y decadencia, todo mezclado con buenas dosis de humor negro.
A las 23.30, en El Beso, Riobamba 416 (y Corrientes). Reservas: 4825-2707. Entrada: $3.



TEATRO

Flamenco Se presenta *Ay de mí. Cabaret flamenco*, espectáculo musical-coreográfico-teatral con aires de flamenco, café latino y estética urbana. Con dirección escénica de Eva Halac, el cuerpo de baile está conducido por Lorena Di Prinzio y Claudio Arias, y Basilio Cádiz se encarga del cante con una banda de músicos en vivo formada por guitarras, piano, bajo, trompeta, cajón y platillos y redoblantes.
A las 23 (sábado a las 21), en La Trastienda, Balcarce 460. Reservar: 4342-7650. Entrada: $ 20.

Niños Se presenta el unipersonal *Niños de Belén*, obra de Leo Dyzen basado en la novela *El Evangelio según Jesucristo* de José Saramago.
A las 21, en el Teatro Gargantúa, Jorge Newbery 3563. Reservas: 4555-5596. Entrada: $5.

CINE

Reina Se proyecta la primera parte de *Queen Anthology. Grandes éxitos 1973-1980*, como parte del ciclo *Cine Rock 2004*.
A las 17, en el Centro Cultural Borges, Viamonte y San Martín. Entrada: $5.

Greenaway Proyección de *Ocho y medio mujeres* (1999) de Peter Greenaway, con Vivian Wu, John Standing y Matthew Delamere, en el Cineclub Eco.
A las 21, Corrientes 4940, 2º E. Informes: 4854-4126. Entrada: $4.

Tokio Como parte de la Semana de la Crítica se proyecta *Perdidos en Tokio (Lost in translation)* de Sofía Coppola, con Bill Murray.
A las 13.30, 15.40, 18, 20.20, 22.40 y 1.15, en los cines Hoyts de Abasto. Entrada: $5,50.

Engaño Dentro del ciclo de cine policial francés se exhibe *El engaño (Barocco*, 1976) de André Téchiné, con Gérard Depardieu e Isabelle Adjani.
A las 14.30, 17, 19.30 y 22, en el San Martín, Corrientes 1930. Entrada: $3.

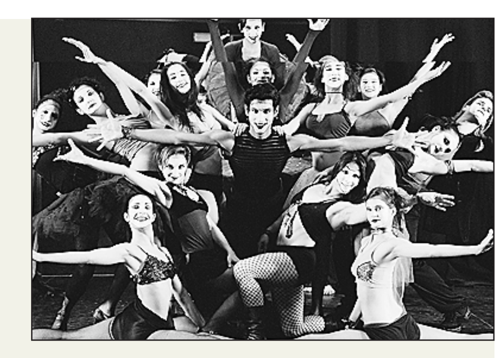
Videofilm Se presenta *Julián Alvarez, 19 de presión*, videofilm que parodia diversas personalidades pseudointelectuales y pseudoartísticas.
A las 21, todos los viernes de enero y febrero, en Estudio 24, 24 de Noviembre 947, Dto. "A". Entrada: $3

MÚSICA

Barboza El acordeonista argentino Raúl Barboza presenta *Cherógape*, último CD de su producción editado en Argentina.
A las 22.30 (también el sábado) en Playa Portezuelo, Punta del Este, Uruguay. Reservas: 578-791. Entrada: $300 uruguayos (unos $30 argentinos).

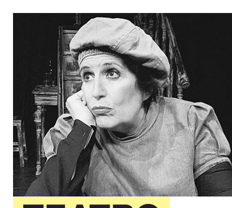
Folklore Se presenta el folklorista Coqui Sosa en La Peña del Colorado.
A las 22, en Güemes 3657. Informes: 4822-1038. Entrada: $5

sábado **31**



El circo en decadencia

Las estéticas del musical y el circo se unen en la obra *Des-ilusiones* de Nicolás Pérez Costa y Nacho Medina. Con 30 artistas en escena –incluyendo malabaristas, acróbatas, trapecistas y músicos en vivo–, la obra narra la historia de un circo en brutal decadencia que permanece décadas sin público, hasta que una reaparición cambia el curso de las cosas.
A las 23 (también todos los viernes) en el teatro La Comedia, Rodríguez Peña 1062. Reservas 4815-5665. Entradas: $10, $15 y $20.



TEATRO

Marikena Marikena Monti presenta su nuevo espectáculo, *Secretos a cuatro voces*, que toma como punto de partida a tres cantantes (Pepita Avellaneda, Edith Piaf y Billie Holliday) como exponentes de un canto expresivo, dramático y musicalmente riquísimo. Con textos de Pedro Orgambide y Patricia Zángaro.
A las 21.15, en el Teatro de la Casona, Corrientes 1975. Reservas: 4953-5595. Entrada: $15.

Improvisado Se presenta el "Gran Match de Improvisación Tango": dos equipos de bailarines de tango compiten entre sí para resolver historias de 3 minutos según las consignas propuestas por el público.
A la 1 en el Teatro El Vitral, Rodríguez Peña 344. Informes: 4381-1784. Entrada: $5.

Mucamas Se presenta la obra *Las mucamas*, adaptación del clásico *Las criadas* de Jean Genet hecha por Patricia Espinosa y Román Podolsky.
Todos los sábados a las 23 en el Teatro del Abasto, Humahuaca 3549. Entrada $10 (descuentos a estudiantes y jubilados).

CINE

Reina Se proyecta la segunda parte de *Queen Anthology. Grandes éxitos 1981-1989*, dentro del ciclo *Cine Rock 2004*.
A las 23, en el Centro Cultural Borges, Viamonte y San Martín. Entrada: $5.

Fellini Proyección de *Y la nave va* (1983) de Federico Fellini, con Freddie Jones, Barbara Jefford y Pina Bausch, en el Cineclub Eco.
A las 21, Corrientes 4940, 2º E. Informes: 4854-4126. Entrada: $4.

Mujeres Dentro del ciclo *Recordando a De Sica*, que organiza el Centro Cultural Konex, se exhibe *Dos mujeres (La ciociara)*, de 1960, versión de la novela de Alberto Moravia.
A las 18, en Córdoba 1235. Informes: 4813-1100. **Gratis**

Burton Como parte de la Semana de la Crítica se proyecta *El gran pez* de Tim Burton, con Ewan McGregor y Jessica Lange.
A las 12.20, 14.50, 17.25, 20, 22.40 y 1.15, en los cines Hoyts de Abasto. Entrada: $ 5,50.

MÚSICA

Desatados El cuarteto *Tango Desatado* (integrado por Paulina Fain, Esteban Ruiz, Martín Benedetti y Hernán Maisa) presenta su show en vivo, con versiones de temas tradicionales del género y composiciones propias.
A las 17.30, en Casa Club Palermo, Acuña de Figueroa 1584. **Gratis**

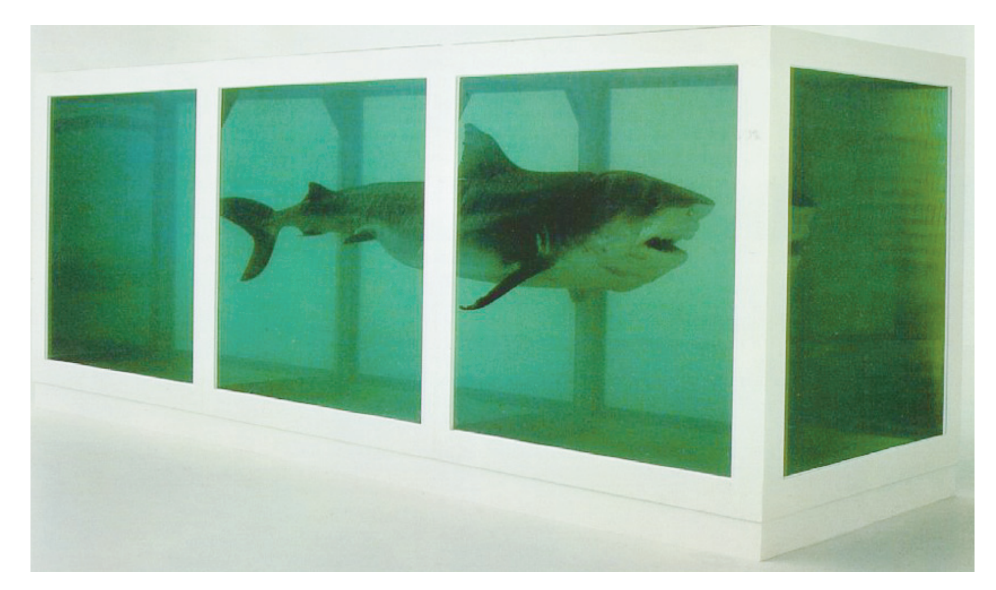
Folklore Se presenta el folklorista Omar Moreno Palacios en La Peña del Colorado.
A las 22, en Güemes 3657. Informes: 4822-1038. Entrada: $7.

Dante Se presenta Dante Spinetta en Carlos Paz.
A las 17, en el Parador Los Mimbres, Carlos Paz (Córdoba) **Gratis**

descripción de la actividad, dirección, días, horarios y precio, a lo que se puede agregar material fotográfico. El cierre es el día miércoles, por lo que para una mejor clasificación del material se recomienda que éste llegue los días lunes y martes.







El coleccionista de slogans

← *CHARLOTTE* VICTORIA CHALMERS

↖ *SELF,* MARK QUINN

↑ *LA IMPOSIBILIDAD FÍSICA DE LA MUERTE EN LA MENTE DE ALGUIEN VIVO,* DAMIEN HIRST:

→ *DEAD DAD* RON MUECK

VISITAS GUIADAS **Apremiado por la merma de público, Charles Saatchi mudó la Saatchi Gallery a los majestuosos ex cuarteles del London Council, frente al Parlamento, con su ya clásico tesoro de atrocidades adentro: el tiburón flotante de Damien Hirst, el cadáver empequeñecido del padre de Ron Mueck, el busto de sangre congelada de Marc Quinn, la sala inundada de 2500 galones de petróleo firmada por Richard Wilson. Mientras predice el fin del "galerismo *cool*" y aboga por museos "sin barreras que separen a las obras del público", el megapublicista inglés –inventor del Brit Art– tiene ahora 24 resplandecientes salas para desplegar sus veleidades de renacentista posmoderno.**

POR RODRIGO FRESÁN (DESDE LONDRES)

Esos ríos paseándose como si nada –como si nadaran por el centro de grandes ciudades– sirven para varias cosas. Tal vez la más útil de todas sea implantar –consciente o inconscientemente– en las cabezas de los trazadores de planos la idea de opuestos que armonicen y se equilibren. Algo así como "si ponemos *esto* aquí, entonces pongamos *esto* allá".

En ese sentido, el Támesis es un río especialmente servicial: entre las múltiples divisiones posibles –se me ocurre ahora, mientras abordo el barquito pintado a lunares por el artista del escándalo Damien Hirst que te lleva de la Tate Gallery a la Tate Modern–, la que propone es ésta: en una orilla, la calma casi sonámbula de los clásicos consagrados (lo que no impide que la Tate original muestre una vez al año el tumor de los polémicos seleccionados por el Turner Prize: este año, el ganador fue el travesti Grayson Perry, con sus jarrones pintados con imágenes de pedofilia e incesto); en la otra, la neurosis de los modernos. Y entre unos y otros, una escala técnica e inevitable para visitar a los más peligrosos de todos. Sí: entre Tate y Tate saludan desde un muelle los psicópatas de máxima peligrosidad que andan sueltos y felices por los pasillos de la Saatchi Gallery de Charles Saatchi.

LA GALERÍA ES UN STAND

Y así fue: salí de la Tate de ver la exposición *Turner and Venice*, la fructífera relación de un inglés luminoso con esa sombría ciudad a la que Dickens definió como "un extraño sueño flotando sobre el agua". Y de camino a los Picassos & Co. de la Tate Modern (la hermana menor, impetuosa, exitosísima, siempre llena hasta los bordes) me arriesgo a hacer un alto en el majestuoso edificio que alguna vez albergó a los pomposos cuarteles generales del London Council, frente al Parlamento, junto a esa inmensa rueda de la fortuna milenarista. Hasta aquí mudó Charles Saatchi su exhibición de atrocidades el pasado octubre, luego de comprobar cómo descendía el flujo de concurrentes a la dirección de Boundary Road (abierta en 1985, en lo que había sido una fábrica de pintura, y luego, en el 2001, mudada a Old Street) a partir de mayo del 2000, cuando la Tate Modern (con cuyo *curator,* Nick Serota, Saatchi se ha enfrentado públicamente en más de una ocasión) se llevó a los adictos a las emociones fuertes a lo que alguna vez fue la sólida arquitectura de la usina Bankside.

Fueron muchos los que aseguraron que la maniobra no tendría éxito, y que la histórica ominosidad del nuevo domicilio acabaría ahogando a la histérica transgresión de Saatchi. Por supuesto, se equivocaron. Porque la estrategia de Saatchi fue, precisamente, anular toda majestuosidad edwardiana de mole histórico/turística y emplazar en sus tripas –las entrañas de un caballo troyano– su nueva galería, como si fuera un departamento regio, *very british*, de veinticuatro habitaciones: techos altos, piso de parquet y paredes revestidas con madera de roble donde las obras y las vidas –en aparente desorden, como si uno las descubriera moviéndose entre un cuarto y otro– se presentan no como objetos a ser contemplados por el público sino como objetos que contemplan al público y preguntan: "¿Y vos qué mirás?"

De ahí el efecto todavía más irritante, más raro, más original. Y, sí: los que pensaban que esta vez Saatchi perdería la batalla se olvidaron de lo más importante: además de coleccionar arte moderno y de ser considerado el hombre que inventó el Brit Art –así como el actual copresidente de los *tories*–, Saatchi fue, es y morirá siendo uno de los publicistas más astutos e implacables de la historia del Imperio Británico. De todos los imperios.

LA VIDA ES UNA CAMPAÑA

Están los que acusan a Charles Saatchi (nacido en Irak en 1943) de haber "descubierto" a Damien Hirst. Otros, más contundentes, lo señalan junto a su hermano Maurice –con quien abrió agencia en 1970– como el culpable directo de haber llevado a Margaret Thatcher a esa poderosa casita en Downing Street gracias al aviso aquel que mostraba una cola de desempleados con el astuto *slogan* de *Labour Isn't Working* ("El laborismo no está funcionando", o: "El laborismo no está trabajando"). Y cuenta la leyenda que los Saatchi, a la hora de lanzarse al ruedo de la publicidad, pararon a doce desconocidos de aspecto respetable en la calle para que posaran en la foto junto a ellos como ejecutivos y así convencer a hipotéticos clientes desconfiados por la juventud de los hermanos. La cosa salió bien: hacia 1986, la Saatchi and Saatchi Agency era la más grande del mundo. Lo que no impidió que un *coup* interno pusiera a los hermanos en la calle y que ellos, claro, contraatacaran fundando M&C Saatchi y se llevaran varias de las mejores cuentas de su vieja agencia. Y la vida continúa.

Para entonces, Saatchi, que había adquirido su primera pieza a los 16 años –"pensé que podía permitírmelo"– y sentido cómo su vida cambiaba a los 19, "al ver un Jackson Pollock en el Museo de Arte Moderno de Nueva York", ya tenía una considerable fama como coleccionista de arte moderno. Pero no era suficiente: no era buena publicidad. Saatchi quería inventar su propio Renacimiento, y así se distrajo de su divorcio casándose con toda una nueva camada de plásticos ingleses y abriendo galería propia. Una de las primeras cosas que compró por 150 mil libras fue una cabeza de vaca pudriéndose adentro de un cubo de cristal *by* Damien Hirst y una cama deshecha *by* Tracey Emin. Después siguió comprando hasta alcanzar las 4 mil piezas, y en 1997 la exhibición de sus tesoros –*Sensation*, en la Royal Academy, más tarde exportada al Brooklyn Museum of Art y actualizada en el 2000 con el anagramático título de *Ant Noises*– atrajo a 300 mil curiosos y a decenas de críticos que lo acusaron de "payaso perverso" y de ser una "pésima influencia para los artistas jóvenes".

A Saatchi, por supuesto, no le importó, y sigue sin importarle. Saatchi se define como "un comprador compulsivo", un "devorador de lo efímeramente novedoso"; alguien que, cuando se cansa de los juguetes flamantes, regala "buena parte de mi colección a fundaciones y museos con poco poder adquisitivo. Así de simple: contra lo que se piensa, soy la persona menos complicada que existe. Toda mi rareza pasa por adquirir a precios elevados obras de arte que dentro de diez años, en un 90 por ciento, probablemente no valgan nada. Podría dedicarme a comprar Matisses o Van Goghs, pero eso no es lo mío, aunque sea muy conservador para otras cosas. Mi pasatiempo favorito es jugar al Scrabble con mis amigos. En realidad me muestro poco para que la gente no sepa lo normal y corriente que soy. Yo soy tan poca cosa. Lo más emocionante que me ha ocurrido fue un día que corrió el rumor de que me habían asesinado a balazos en Miami. Al final se supo que el muerto era Versace. Como dijo Frank Stella refiriéndose al minimalismo: 'Lo que ves es lo que ves'. Así soy yo".

EL ARTISTA ES UN PRODUCTO

Además de la retrospectiva temporal de Jake y Dinos Chapman (esos tótems africanos apareados con iconografía McDonald's, esos miles de soldaditos de colección participando en abigarrados holocaustos dignos del Bosco, esos maniquíes de niños con narices de pene apareándose y fundiéndose entre ellos), lo que se ve al entrar a la nueva Saatchi Gallery son los *Saatchi's Greatest Hits*. Faltan unos cuantos Damien Hirst (el automóvil Mini a lunares, la vaca en secciones): el artista recuperó buena parte de su obra comprándosela al galerista luego de una pelea irreversible: Hirst se consideró perjudicado por la disposición de sus obras en la nueva galería, donde aparecían rodeadas de colegas de nivel inferior, y juzgó que su trabajo debía mostrarse en solitario y en ambientes inmensos. Saatchi le contestó que no molestara. Un *marchand* de Bond Street definió la situación con las palabras justas: "Hirst creyó que había hecho a Saatchi y Saatchi creyó que había hecho a Hirst: ahí está todo lo que hace falta para que haya una pelea fatal entre amantes".

En cualquier caso, en la Rotunda Room central, todavía está el colosal modelo anatómico *Hymn* y el clásico tiburón en su estanque (se lo ve menos fresco y más fósil que hace algunos años), con el lírico título *La imposibilidad física de la muerte en la mente de alguien vivo*: esas maneras alternativas de contemplar a la misma muerte de siempre. Y junto a ellos hay otros inevitables: las figuras hiperrealistas de Duane Hanson (que, ubicadas junto a las puertas, confunden al visitante); el pequeño padre desnudo y muerto y el gigantesco rostro paternal (que nos obligan a situarnos alternativamente como sobrevivientes y como bebés) de Ron Mueck; la cama cada vez más sucia de Tracey Enim (sí: el arte de los jóvenes *brits* tiende a envejecer de más de una manera); los desnudos como montañas de Jenny Saville; la deconstrucción de Dalí (otro tipo astuto que, nada es casual, por estos días expone desde el más allá en una galería pegada a la de Saatchi); y, en una cámara refrigerada, un busto color marrón rojizo de Marc Quinn: nos acercamos y leemos que se titula *Self*, y se nos informa que la cabeza en cuestión está elaborada con cinco litros de sangre –la cantidad que contiene el cuerpo de un hombre– extraída a lo largo de cinco meses y posteriormente congelada por el artista para su exhibición y, ay, las ganas de tirar del enchufe para ver qué pasa y me pregunto si Quinn no querrá exactamente *eso.*

Y es entonces, claro, cuando surgen las preguntas incómodas, los interrogantes modernos: ¿qué es todo esto? ¿Arte imperecedero o fenómeno efímero? ¿Es *Art* con mayúsculas o, apenas, *slogart*: una astuta mezcla de arte con *slogan* que define y a la vez retrata los tiempos que vivimos y que –como toda frase ingeniosa, como todo aviso con ganas de Clio– está casi condenado a ser superado por la próxima campaña para el próximo producto? El mismo Saatchi ha reconocido que es posible que lo que le gusta no sea un buen negocio; pero lo que le interesa a Saatchi tal vez sea el impacto del momento y su poder residual en la mente del espectador. Asco, indignación, morbo, fascinación perversa son los reflejos automáticos inevitables que acuden para definir la estética de las sensaciones que suele provocar en las masas aquello que a Saatchi le encanta pero que –a la hora de juzgar a los premios Turner de los últimos años– él mismo no vacila en condenar como "basura reprocesada".

Lo que provoca la Saatchi Gallery en un espíritu más o menos curtido en estas lides es –paradójicamente– un incremento de interés en Saatchi. Sí: Saatchi como la obra maestra e invisible presente en todas y cada una de estas estancias donde las obras –por conocidas, por gastadas, como esos excelentes chistes que se contaron demasiadas veces– ya no son lo más importante. Lo que importa es, sí, por fin, la galería: el modo en que devora a sus contenidos como la ballena al sincero Jonás o al mentiroso Pinocho. Es entonces cuando uno comprende a la perfección el enojo de Damien Hirst.

LA OBRA ES EL CLIENTE

Y se comprende todavía más al examinar la revista/folleto/manifiesto –una edición especial, ciento por ciento Saatchi, de la revista/guía *Time Out*– que funciona como catálogo y se entrega gratis al visitante luego de que ha pagado cara –8,50 libras– la entrada. Allí, en un texto firmado en septiembre del 2003, Charles Saatchi predice el fin de "la galería *cool*", aboga por una evolución del museo hacia espacios "sin barreras que separen a la obra del visitante" y recrimina a los nuevos museólogos su comportamiento obvio a la hora de "gastar millones en construir palacios austeros y modernistas y siempre parecidos unos a otros, en lugar de emplear ese dinero para adquirir obra novedosa". En eso está Saatchi, en eso estamos nosotros –en poner en práctica una teoría que, después de todo, no es tan novedosa– cuando nos paseamos por los cuartos y los pasillos de la Saatchi Gallery.

Y casi al final –Saatchi no ha podido impedirlo–, la sensación es la misma que nos regala y se cobra todo museo normal: cierto cansancio ante la abundancia, y el convencimiento de que, a la hora de las revoluciones, todo museo y galería –todo Damien Hirst o todo Joseph Mallord William Turner– deberían tener entrada gratis para que uno pudiera ir a visitar sus dos o tres obras favoritas y entrar y salir rápido, como se entra y se sale del mejor de los sueños.

Entonces, en los bordes del fastidio, cansado de oír las explicaciones ruborizadas de padres a hijos que les hacen preguntas incómodas sobre lo que aquí se expone, en una de las últimas habitaciones de la Saatchi Gallery se encuentra una auténtica e indiscutible y atemporal obra de arte moderno: una instalación que se titula *20:50*, que lleva la firma de Richard Wilson, que antes de llegar hasta aquí estuvo en la muy *alt* Matt's Gallery, en una muestra en Edimburgo, y entre 1991 y el 2001 en la primera Saatchi Gallery de Boundary Road. A *20:50* se la huele antes de verla, y hay que verla para entenderla, pero haré lo posible por explicarla.

20:50 son 2.500 galones de petróleo usado que llenan hasta la mitad uno de los recintos de la Saatchi Gallery. El petróleo quieto funciona como un espejo negro que refleja la luz que entra por las ventanas, los techos de la habitación y –si uno se atreve a ir hasta el centro por una pasarela– que se adentra en el estanque oscuro como un tajo seco, seguro pero, de algún modo, peligroso– a uno mismo. La sensación es, seguro, la misma que experimenta el astronauta Dave Bowman al final de *2001: Odisea del Espacio*: la familiaridad extraterreste de no saber dónde estamos, por más que recordemos claramente todos y cada uno de los movimientos que nos llevaron hasta allí.

Después, claro, lo más fácil de todo: es tanto más sencillo salir de un museo o una galería que entrar. Después, sí, volvemos a subir al barquito que nos lleva a la Tate Modern, que ya no es tan *modern* como *classic.* Porque ahí adentro espera Andy Warhol, el inventor de todo esto. Warhol, el que pintaba cuadros de metal con el pincel corrosivo de su sexo en mano lanzando el chorro de su propia orina y después, casi enseguida, les pedía a sus colaboradores de The Factory que se pusieran a mear ellos. Porque Warhol descubrió que la firma es el artista, y no quien realiza la obra de arte. Y ahora Saatchi –un buen alumno que, como todo buen alumno, quiere superar a su maestro– vende la idea de que la firma es el galerista.

Pasen y vean y, si se animan, toquen.



Una voz en el camino

MÚSICA Fue beisbolista semiprofesional y dj, pero se hizo famoso a mediados de los años '60, cantando un extraño subgénero de la música *country*: las *trucker songs* o canciones de camioneros, compuestas y entonadas para exaltar vida y obra de los fanáticos de los motores diesel, los acoplados y las rutas. Dave Dudley murió a fines de diciembre, casi sin homenajes. El más importante lo había recibido en vida: la tarjeta de miembro honorario del sindicato de camioneros. Perfil de un barítono sui generis.

POR MANUEL RUY MORENO

Hablar de Dave Dudley es hablar de "Six days on the road", quizá la mejor *road song* de la historia de la música popular norteamericana. "Salí de Pittsburg bajando por la costa este. Tengo el tanque lleno hasta el tope y hoy corro como nunca", canta Dudley con su voz áspera y su fraseo errático. Canta como al descuido, como si no le importara, desentonando en las últimas vocales, mientras comenta que gracias a unas pastillitas blancas tiene los ojos abiertos de par en par y está pisando el acelerador porque no hay policías a la vista. Seis días en la ruta y esta noche vuelve a casa: "Parece haber pasado un mes desde que me despedí de mi chica. Puedo tener un montón de mujeres, pero no soy como otros tipos; puedo conseguirme una para que me abrace fuerte, pero sería incapaz de fingir".

En "Six days on the road", la canción de Earl Greene y Carl Montgomery, se adopta la voz del hombre común americano: el *redneck*, un sureño caucásico, por lo general de ascendencia irlandesa, que nació con un *pack* de cervezas bajo el brazo, usa camisas escocesas gastadas y vive en un *trailer* a la vera del camino. Escucha a Charlie Daniels y a Hank Williams Jr., pero su legado familiar es la música de camioneros. Usando su mismo idioma, Dudley le habla al obrero de la construcción, al granjero y al conductor de ómnibus, pero sobre todo al camionero. Le cuenta de grescas legendarias en salas de *pool*, le dice cuál es la camarera más popular de la ruta 76 o le recuerda valores familiares y patrióticos súper simplificados.

Grabada en 1963 para el sello independiente Golden Ring, "Six days on the road" llegó en agosto de ese año al puesto número diez en las listas country, éxito que le valió a Dudley un contrato con el sello Mercury. El tema se inscribe en el *Bakersfield sound*, la música country de Bakersfield (California) que surge a principios de los '60, de la mano de Buck Owens y Merle Haggard, como reacción al *Nashville sound*, híbrido country pop creado por el recientemente fallecido productor y guitarrista Chet Atkins. El sonido de Nashville buscaba pulir rusticidades: eliminaba el *fiddle* (violín) y la *steel guitar* (guitarra hawaiana eléctrica a pedal) e incluía coros femeninos, secciones de cuerdas y otros instrumentos extraños al género (vibráfono, saxo). Su alter ego californiano, en cambio, intentó una renovación menos artificiosa: reivindicó elementos del rockabilly (presentes en "Six days on the road"), conservó la guitarra *steel* y agregó la novedosa Fender Telecaster.

"Rolaids, Doans Pills And Preparation H" (1980) es el último hit de Dave Dudley. Allí asume una perspectiva más realista para hablar de la dependencia de los fármacos: "Todo el mundo cree que a través de un parabrisas la vida se ve grandiosa, pero las tripas me arden y la espalda siempre me duele. Dieciséis horas sentado te queman el culo. El café de ciertas paradas bastaría para matar a una mula. Me gustaría poder usar los humores de mi estómago como combustible. Denme las pastillas que necesito."

Yo amo a mi Diesel

Dudley precipitó el comienzo de una nueva era, la era de las *road songs*, *truck driving songs* o *trucker songs*: una suerte de subgénero donde el tradicional lamento por la dama esquiva de la música country fue reemplazado por la oda al motor diesel y a la línea blanca del camino. Las rústicas voces de barítono de Dave Dudley, Red Simpson, Red Sovine y Dick Curles invadían las rockolas de las tabernas al paso, y el álbum temático *Roll Truck Roll* del cantautor Red Simpson define el estilo.

Hacia 1965, hits como "A Tombstone every mile" de Dick Curless, "Truck driving sun of a gun" de Dave Dudley y "Girl on the Billboard" de Del Reeves escalaban los *charts*. El hombre al volante de un doble acoplado sobre 18 ruedas era el nuevo *folk hero*. La exaltación de un trabajador cualquiera en un contexto patriótico había sido casi una marca registrada en la historia del *country and western*, que ya había lanzado odas a cowboys, mineros, granjeros, recolectores de algodón, marineros y leñadores. Jimmie Rodgers, a quien se atribuye la paternidad del género, cantaba a los obreros ferroviarios; Red Simpson, competidor de Dudley, llegó incluso a grabar un álbum de "canciones policiales" como tributo al gremio de la ley. En "Johnny Law", corte inicial de *The Man behind the badge* ("El hombre tras la placa"), Simpson canta: "Lo llaman polizonte/Dicen que es reaccionario/ pero cuando estás en peligro /ese polizonte acude en tu ayuda".

El amor por las 18 ruedas puede incluso malograr el amor conyugal: "Salí corriendo de la iglesia y me monté de vuelta en mi viejo camión", comenta Simpson. Aunque se puede contemplar con resignación el transcurrir de una vida solitaria que ameniza el rumor del diesel, las *trucker songs* tampoco ahorran dramatismo. "Si enterraran a todos los camioneros perdidos en los bosques habría una lápida por milla", dice un camionero evocando cierto tramo peligroso de una ruta de Maine en "A Tombstone Every Mile", un clásico de Dick Curless grabado por Dudley. Otro colega se queda sin frenos en la cima de una colina con el camión cargado de explosivos, por lo que "habrá un gran cráter donde solía estar ese pueblito" ("Nitro Express", de Red Simpson). El protagonista de estas canciones se mueve en un plano fabuloso, a menudo humorístico, que abunda en hazañas amorosas y maniobras sobrehumanas a bordo de un doble acoplado.

La vida por el parabrisas

Paradójicamente, David Darwin Pedruska –alias Dave Dudley– tuvo un origen poco plausible para una estrella de la música country. No era del sur: había nacido en Spencer Wisconsin, al noroeste, el 3 de mayo de 1928. Tampoco era *irish american*: su apellido responde a las comunidades eslavas que se establecieron en esa región del país, aunque –como muchos cultores del género– fue beisbolista semiprofesional y dj. Sus primeros hits –"Maybe I Do" y "Under cover of the Night"– eran baladas deudoras de un estilo de locución radial popularizado por Jim Reeves, legendario intérprete western de los '50 y '60, que impuso una dicción infalible, un fraseo impersonal y buenas maneras en un género inexorablemente cercano a la urbanización. También fue el precursor de una racha de hits chovinistas que tuvieron a la música country como protagonista a fines de los '60 –"Mama tell them what we're fighting for" (1965), del notorio cantautor Tom T. Hall, y "Vietnam Blues", de un entonces ultranativista Kris Kristofferson (1966)– y que tendría su culminación en 1969, con "Fighting side of me" y "Oakie from Muskogee" de Merle Haggard, el intérprete favorito de Nixon.

Un linaje musical que se da el lujo de ignorar a los Beatles, los Rolling Stones, Bob Dylan y los himnos antibelicistas y pro derechos civiles de los '60. Un soldado recibe en Vietnam una carta de su madre y reacciona con incredulidad ante al clima de protesta que impera en Washing-



ton: "Mamá, hay cosas en tu carta que no entiendo. Decís que hay gente marchando por nuestras calles que dice que no luchamos por la paz. No hay un solo soldado que quiera esta guerra. Deciles por qué estamos luchando: por Pearl Harbour, por Corea. Ninguna bandera extranjera volverá a flamear sobre nuestro suelo" ("Mama, tell them what we're fighting for"). En "Vietnam Blues", otro joven que acaba de recibir su carta de reclutamiento observa una manifestación con pancartas que aluden a Vietnam: "Hay cierta clase de gente a la que nunca podré entender", dice. Un hombre de aspecto estrafalario le ofrece lápiz y papel: "'Estamos enviando telegramas de apoyo'. 'Supongo que esto es para los familiares y esposas de los que están ofrendando sus vidas'. 'No, amigo, esto es para Ho Chi Mihn, líder de Vietnam del norte'. Sentí asco y me alejé, antes de meterme en problemas. A mí tampoco me gusta la idea de morir, pero, viejo, no voy a arrastrarme".

Dudley tiene momentos más gratos en hits como "Mad" (1970), donde adopta la voz de un hombre que intenta volver a casa tras un fin de semana de juerga y encuentra su único traje sobre el felpudo: "Lo recogí, salí corriendo y no he vuelto desde entonces. Es peligroso hacerla enojar. En los avisos fúnebres ya imprimieron mi nombre. Mide como dos metros y pesa como cien kilos. Es el tipo de chica a la que no podés fallarle. Es dulce y cariñosa, pero cuando se enoja tiene una voz que corta el aire. Ojos de felino que observan cada movimiento que hago. Una mente de reloj despertador que suena cada vez que llego tarde". En "The pool Shark", del mismo año, Dudley habla por boca de un mago del billar que enfrenta la derrota más humillante: "Este hombre era feo, había malicia en sus ojos y tenía la ropa sucia, pero sus manos estaban limpias y esgrimía el taco como una madre que toma la mano de su hijo".

"Rolaids, Doans Pills And Preparation H" (1980) es el último hit de Dave Dudley. Allí asume una perspectiva más realista para hablar de la dependencia de los fármacos: "Todo el mundo cree que a través de un parabrisas la vida se ve grandiosa, pero las tripas me arden y la espalda siempre me duele. Dieciséis horas sentado te queman el culo. El café de ciertas paradas bastaría para matar a una mula. Me gustaría poder usar los humores de mi estómago como combustible. Dénme las pastillas que necesito".

Dudley no fue un artista legendario como Johnny Cash: era demasiado simple para adoptar poses inconformistas contra la industria o esgrimir posiciones políticas osadas. Hay mitos vivientes –Willie Nelson, Waylon Jennins– que deben su fama tanto a sus méritos artísticos como a sus actitudes irreverentes, a la extravagancia de sus atuendos y al progresismo de sus opiniones, tan hostil al conservadurismo político de Nashville. En los últimos años, cantantes como Cash o Merle Haggard resignaron cierta línea de pensamiento para captar nuevas audiencias en ámbitos universitarios: Haggard no apoyó la intervención en Irak y Cash tocó en Lolapalooza. Dudley, en cambio, pasó los '90 en una suerte de retiro, pero en su última producción –*American Trucker* (2001)– todavía lanza advertencias eufemísticas a los terroristas del aire: "No se metan con los camioneros norteamericanos".

Su vida transcurrió sin mayores sobresaltos, a diferencia de figuras trágicas como Hank Williams, que murió de una sobredosis, o Patsy Cline y Jim Reeves, víctimas de accidentes aéreos. "Ya lo extraño horrores", decía su esposa el pasado 22 de diciembre, luego de que Dudley muriera de un paro cardiorrespiratorio. Su muerte no tuvo la repercusión mediática que mereció la de Cash, ni suscitó homenajes sentidos. Uno que recibió en vida, sin embargo, probablemente le haya alcanzado: la tarjeta de miembro honorario (oro macizo) que le entregó en 1986 el Sindicato de Camioneros. Hoy, el rey de las 18 ruedas parece tomarse revancha: su sonido, más vivo que nunca, reivindica una tradición que también pervive en artistas como Junior Brown, Don Walser, Dale Watson y Jack Clayton. R



LASOLASYELVIENTO

TELEVISIÓN Promedia el verano y la TV ajusta las tuercas de sus estrenos. Ya definido, el paisaje de la no-ficción oscila entre el juego, el cálculo y el *blooper*: Mariana Fabbiani exhuma el espíritu del *PNP* original, Ronnie Arias reclama mentiras verdaderas, Andy Kusnetzoff bucea en el ser nacional, Alfredo Casero no para de hacer cuentas y Pablo Markovsky apuesta a la seducción. Balance provisorio de una temporada que no pinta inolvidable.

EL FANTASMA DE LOS SÜLLER

POR CLAUDIO ZEIGER

En su primera emisión, *Mentime que me gusta* (debut solista de Ronnie Arias) presentó un abanico de historias y personajes entre dudosos y creíbles, escabrosos y guarangos, pero todo dentro de ciertos límites de contención. Hasta tal punto que para el debut, Laura Oliva se prestó a participar contando una historia de acercamiento sexual con Juan Castro (que resultó ser falsa). Ronnie lució simpático y desenvuelto como en *Kaos*, aunque ya se empezó a notar que no es lo mismo el micro gay que una hora jugando a la "loca" mala o atravesada en horario central.

El programa plantea una premisa muy ambigua: cuatro participantes cuentan una historia, pero sólo una de las cuatro es verdadera. El público elige la más creíble y finalmente se coteja el resultado final (encerrado en un sobre desde el comienzo del programa) con la elección, lo que puede hacer variar la cantidad de plata que se lleva el ganador.

Lo notable fue el giro que pegó el programa en su segunda emisión. De pronto, el estudio de *Mentime que me gusta* empezó a ser abducido por el espíritu de *Zap*, aquel memorable ciclo de Marcelo Polino en el que los mediáticos desafiaron los límites entre la ficción y la realidad, además de los límites de la tolerancia de Daniel Hadad. ¿Lo recuerdan? El señor Larva, Guido Süller pasando de la risa al llanto, Micht y su novio taxi boy desnutrido, la novia de Guido, etcétera. El martes pasado, sorpresivamente, empezó a verse que Ronnie Arias aparecía rodeado de una actriz under con un casco en la cabeza para tratamiento capilar y un punk descerebrado con crestas rosas. Trajeron una chancha de 200 kilos como prueba de veracidad de una de las historias, y la tía judía de la chica del casco gritaba y gesticulaba. Y todo matizado con los exabruptos de Ronnie, que de la simpatía ya viene virando a la burla despiadada hacia la gente: "Y esa calza ni bulto te hace", le dijo al punk, a quien no dejaba de sindicar como gay. Por no hablar de la batería de insultos que –quizás por ser mujer, u oriental– le prodiga permanentemente a su secretaria Kim: "Entra esta yegua y están todos calientes", "Portate bien", "Tomátelas"; o el más temible: "Para mí siempre vas a ser como un travesti salteño mal hecho". ¿Qué pasó, chicas? ¿A qué viene este circo bizarro? En este clima, con estos personajes, saber cuál de las historias es verdadera y cuáles falsas no tiene la más mínima importancia.

No se trata de corrección política: a diferencia de *El ojo cítrico* (ver más arriba), nadie iba a creer que si le daban una hora a Ronnie era para domesticar sus ímpetus entre la Tota y la Porota. Pero pareciera que Ronnie se ha montado en un show excesivo, esa pirueta extraña por la que la estética gay, en televisión, siempre derrapa en carnaval burlesco.

En un momento en que Ronnie se declaró "azorado" por una escena bizarra, una señora que concursaba le dijo: "Poné voluntad". "Gracias por el consejo", dijo Ronnie riendo. Y nosotros agregaríamos: "Poné unos cubitos".

***Mentime que me gusta*,**
los martes a las 23 por Canal 13.
TREMENDO

PERDONA NUESTRA TIBIEZA



POR C.Z.

Hace diez años, *PNP* inauguró un formato y estilo de parodia televisiva que resultó muy efectivo: refrescó la pantalla, tuvo varios continuadores voluntarios e involuntarios y, en definitiva, la televisión adquirió a la fuerza una especie de psicoanalista dispuesto a revelarle sus fallidos, lapsus y furcios. La TV se hizo autoconsciente de sus pecados, aunque no por ello dejó de cometerlos a granel, alimentando cada vez más horas de testimonios para futuros PNP. Una década después, sin embargo, los formatos se muestran un tanto desgastados. Al fin y al cabo ya somos espectadores avezados del error ajeno, y no van a conformarnos así nomás. *De lo nuestro lo peor* y *Nosotros también nos equivocamos* (*bloopers* autogenerados del 13 y Telefé, respectivamente) son el ejemplo de que no basta con que una puerta del decorado se caiga o que el actor farfulle mal el libreto y putee. Tiene gracia, pero es un poco tonto si no hay un plus de sarcasmo.

Quizás por eso la efectividad de estos programas se basa cada vez más en el carisma de los conductores, y no sólo en el material procesado. Para *El ojo cítrico* (producción general de Gastón Portal) se convocó a Mariana Fabbiani, protagonista de aquel *PNP*, y a Luis Rubio, humorista de pura cepa capaz de decir chistes con una máscara muy seria. Sus estilos se han fundido en una combinación que funciona especialmente cuando actúan: es excelente el sketch "Latinoticias", donde imitan a conductores latinos bajo los nombres de Lupita Goldenberg y Evaristo Hurtado; o la parodia de *Matrix*, incluido Mukenio, que de la publicidad de Arnet entró de lleno al mundo televisivo, aquí haciendo de "Morfenio" (además de haberse subido a la pasarela del desfile de Roberto Giordano en Punta del Este). Entre Fabbiani, Rubio y Mukenio logran una pieza humorística interesante.

Los momentos de *bloopers*, furcios y secciones de gaste a los famosos son más trillados y, sobre todo, muy medidos. Mientras en el Canal 9 *Televicio* fue evolucionando hacia una versión derechizada y ultra gastadora de *PNP*, *El ojo cítrico* parece su versión políticamente correcta. Gastar a Adrián Suar, capo del canal, diciendo (a raíz de un falso documental editado con retazos de sus programas juveniles) que "por lo que hemos visto Suar no sólo se rateaba de las clases del colegio, también de las clases de teatro", no alcanza para sacar credencial de acidez crítica.

En medio de esta andanada de propuestas que invadieron la TV estival, *El ojo cítrico* se presenta como más clásica y bien llevada por sus conductores. En gran parte, se debe mucho al humor rápido y mordaz de Rubio, quien ya acuñó al menos una candidata a Frase del Año en la televisión cuando dijo: "Trabajar al lado de Sueiro es la muerte". No será *tan* ácido, pero es bueno.

***El ojo cítrico*,**
los viernes a las 22 por Canal 13.
CORRECTO

BOMBACHA VELOZ



POR C.Z.

Alguna vez (que parece tan lejana), Juan Castro condujo el reality *Confianza ciega*, que se hizo conocido por las figuras emblemáticas de "los seductores" y "las seductoras". Efectivamente, se trataba de hacer que hombres y mujeres que entraban al juego en pareja cayeran en la tentación a la que eran sometidos a toda hora por pulposos y pulposas en medio de escenas con poca ropa, tragos coloridos y música insinuante. En fin. A mí siempre me pareció bastante trucho, en el sentido de que no podía creer que si una pareja se proponía resistir, no lo pudiera conseguir. O no eran pareja, o estaban de acuerdo. Al punto tal que se lo pregunté a Juan Castro. Él juró que era verdad, que los participantes entraban realmente en el juego y que él mismo se había sorprendido por cómo se dejaban seducir. No tengo por qué no creerle.

El pasado viernes, en *Cambio y Fuera*, programa conducido por Pablo Markovsky, hubo un momento especial e interesante (quizás el único en dos emisiones) de "falso corte" publicitario. Creyendo que no estaban en el aire, los tres "seductores" que deben ganar los favores de una chica (aunque también se da la inversa), a instancias de Markovsky debieron opinar sobre ella "en serio". Y ella, desde la cabina, los escuchó. Si bien ninguno dijo ninguna barrabasada, las opiniones fueron un poco más jugosas que las que suelen emitir en cámara. Pero el momento no alcanzó para disipar las mismas dudas que me había generado *Confianza ciega* (aunque no se lo preguntaría ahora a Markovsky para no comprometerlo) en su momento. ¿Realmente la chica elige en base a los paupérrimos elementos con los que cuenta? ¿O se deja seducir simplemente porque en eso consiste el juego?

Es que *Cambio y fuera* es una especie de *Confianza ciega* acelerado donde la seducción se reduce a mínimas escenas y gestos: un regalito, un diálogo en el reservado, un masaje, un momento a solas. La vacuidad de los participantes es extrema; las armas de seducción, pobrísimas. La seducida se hace la profunda, la que valora las afinidades y el aspecto espiritual de los hombres, pero a la hora de los bifes descartan primero al menos agraciado o al gordito y terminan eligiendo al más lindo.

La ventaja de tanta brevedad y tanto montaje es dejar al desnudo esos arquetipos que todos llevamos dentro, aunque tapados con diversos ropajes. Quizás involuntariamente, *Cambio y Fuera* sacó a luz de un modo brutal el machismo irredento de nuestros muchachones. Además de actuar como depredadores, más interesados en ganarles a los otros varones que en obtener a la damisela en sí, sorprende ver el resentimiento con el que se expresan los perdedores. "Que les vaya como el culo", le deseó uno de los descartados a la pareja que se iba a pasar una semana a San Martín de los Andes.

En la última entrega (al cierre de esta edición) se iba a ver a tres chicas bonitas seduciendo a un también bonito muchacho en un spa, un giro que promete subir la temperatura del programa y colocarlo más en la huella de *Confianza ciega*. Vertiginoso, híper editado y de pocas palabras, se puede suponer que, de seguir así, *Cambio y Fuera* pronto nos proporcionará escenas candentes. Eso sí, habrá que estar muy atentos, porque pasarán más rápido que un suspiro, más precoz que procaz.

***Cambio y fuera*,**
los viernes a las 23 por Canal 9.
DESCONCERTANTE



UN CONTADOR ACA

POR MARIANA ENRIQUEZ

¿Qué hace Alfredo Casero atrapado en *1 Contra Todos*? La idea de que el brillante actor y cómico pase a la conducción no es descabellada *per se*, pero la razón aconseja que debute en un formato apto para el despliegue de histrionismo y de esos raptos de inspiración improvisación erráticos, tan graciosos, que son su mayor virtud. En cambio, Casero aparece confinado en el programa de preguntas y respuestas más atravesado y complicado posible, un *game show* matemático que lo condena a una seriedad impostada y fatal: tiene que explicar las reglas, y ésa no es tarea sencilla ni para el más acartonado y experimentado de los conductores. Como Casero no se caracteriza por el rigor ni el poder de síntesis, no es sorprendente que naufrague. *1 Contra Todos* es difícil: Casero balbucea “te compro el escape en 25 por ciento” cuando debe decir “te vendo”; tiene el pelo engominado y recogido en dos colitas y está atado de pies y manos: si se burlara de los vericuetos matemáticos del juego sonaría cínico, y nadie debe reírse de su propio programa.

Mientras el juego se desarrolla Casero, que hace lo que puede para aclarar, sólo oscurece. No es su culpa: *1 Contra Todos* parece pergeñado por un contador aburrido en su tiempo libre; un contador algo perverso, además, que disfruta confundiendo a la gente. Veamos: en el juego intervienen 58 participantes sentados en una tribuna casi a oscuras, detrás de sus respectivos números. Se elige a uno, que pasa a un banquillo de raro respaldo –unos cilindros de goma, como rueditas, que suben y bajan– y desde allí contesta preguntas sobre temas diversos, clasificados en fáciles y difíciles. Juega con y contra la tribuna, es decir: la tribuna también elige una respuesta, y a medida que se equivocan son eliminados. La totalidad de la tribuna vale $ 15 mil; como son 58 participantes, cada uno vale $ 259. El que juega en el banquillo gana una cantidad de dinero proporcional al valor de cada participante que yerra. Por ejemplo, en la primera pregunta, 28 contestaron mal: este número se multiplica por el valor de cada participante, y el resultado es lo que gana el del banquillo. Así: 28 x $ 259 = $ 7241.

No conforme con obligarnos a sacar la calculadora, el formato ofrece nuevas complicaciones, todas de cálculo. De este modo, si el jugador en el banquillo no sabe la respuesta, el conductor le ofrece un “escape”: le “vende” la respuesta correcta a cambio de un porcentaje de lo ganado, que varía –según avanza el juego– en 25, 50 o 75 por ciento. Así, siguiendo el ejemplo anterior, cuando el participante ganó $ 7241, no supo la respuesta y aceptó el “escape” de 25 por ciento, que resta de lo ganado $ 1810,20. Así: 25 por ciento de 7241 = $ 1810,20.

Las preguntas van desde temas como naipes españoles, Julio Verne, el Che Guevara y Maradona hasta Balnearios Argentinos, Fiestas Nacionales, Cine Nacional, Videojuegos, Literatura o Gourmet. Los participantes tienden a preferir las preguntas “fáciles”, con lo que nunca ganan demasiado dinero: las difíciles pagan mejor, porque de seguro más participantes de la tribuna contestarán erróneamente, con lo cual el jugador del banquillo se quedará con más porcentaje... o algo por el estilo. Alfredo Casero mira a cámara y dice: “¿Me comprende, señora?”, o: “Le explico, señora”, pero parece tan desconcertado como la hipotética interlocutora que seguramente, mientras le hirve la cabeza, añora la precisión, sencillez y velocidad de *El Imbatible* de Susana.

***1 Contra Todos*,**
los jueves a las 22 por Canal 13.
RETORCIDO



LA LUZ ARGENTINA

POR M.E.

La idea es buena: tomar esa parte de la idiosincrasia argentina llamada “viveza criolla” y otras taras y ejemplificarlas con informes humorístico-periodísticos, entre el chiste y la pesadumbre. La cuestión, claro, es cómo convertir una idea simpática en un programa de televisión de media hora. Y allí es donde *Argentinos* tiene problemas. No porque le falte ingenio, sino porque el tono que lleva impreso es, por momentos, insufrible.

Conduce Andy Kusnetzoff junto a Gabriel Schultz (ex *Ardetroya*), Mannix y Cayetano (compañeros de Andy en su programa de radio *Perros de la calle*). En una escenografía austera, el equipo presenta y luego comenta los informes. Y el espíritu canchero, de muchachada, molesta desde el principio. En el segundo programa, por ejemplo, presentaron como invitada a una morocha brasileña –los invitados extranjeros participan como comentaristas y jueces imparciales– y enseguida empezaron a hacerle chistes sobre “la banana”. Puff. Poco después, un informe sobre el “descontrol” marplatense, con chicas y muchachos borrachos, incluyó a un anciano chileno, linyera y alcohólico evidente, que empinaba una botella cedida por la producción. Enseguida, dos chicos exaltados se besaron en la boca y, de vuelta en el piso, Andy y sus amigos comentaron que ellos se habían emborrachado muchas veces pero nunca besaron a otro hombre (y pasaron por alto, por supuesto, lo patético de incentivar a beber a un inmigrante pobre para burlarse de él).

En el primer programa, *Argentinos*... puso al aire un informe notable sobre el enjambre humano en las playas del centro de Mar del Plata: midieron el espacio entre turista y turista y contaron cuánto tardaba una señora en atravesar la multitud y llegar al mar (15 minutos). Pero por cada acierto hay un nuevo exabrupto que, lejos de la insolencia o de la incorrección política, apenas se queda en una joda de tribuna. Por ejemplo: la producción viajó a Salta y recorrió un pueblito de poco más de 1000 habitantes para demostrar que no todos los argentinos viven como los porteños. Todo casi encantador... hasta que le preguntaron a un señor –vaya a saber por qué– si había gays en el pueblo. El señor contestó que no, que los colgaban a todos o los mandaban al monte. En el piso, Andy comentó: “Sus ideas sobre la sexualidad se pueden charlar un poco. Menos mal que este informe no lo hizo Ronnie Arias”. ¿Se pueden *charlar*? A Andy y sus muchachos no les importa demasiado la homofobia provinciana; prefieren preguntarles a los lugareños si, dado que hay tan pocas mujeres –y gays, como quedó claro–, se las arreglan con cabritos. Puff. Otros informes, como el de aprovecharse de los turistas o no devolver billeteras caídas –en Buenos Aires y en España–, fueron correctos, salvo por el hecho de que quienes se quedaban con los dólares fueron, por lo general, vendedores de choripán y hamburguesas de Costanera Sur. Con lo cual no se acabó de demostrar que el argentino es chanta –que lo es– pero sí que está bastante necesitado.

Es interesante que Andy y sus amigos discutan en mini-debates los informes. El problema es que casi siempre llegan a la misma conclusión: no es para tanto, y ocurre en todas partes del mundo. Los tanos también se aprovechan de los turistas, no todos los españoles son honestos (aunque devuelvan más billeteras que los argentinos) y los franceses también son chamuyeros (aunque una turista gala diga que los argentinos mienten mucho). ¿Y entonces? Un programa como éste exige generalización y arbitrariedad: cuando los muchachos lo relativizan todo –con un resto de chauvinismo y pretendida ecuanimidad–, la buena idea se desdibuja. *Argentinos*... podría escapar al destino de los programas de verano porque es más astuto y sencillo que la media, pero sus conductores deberían salir del vestuario y pensar lo que dicen. A veces, tomarse las cosas más en serio no está nada mal, y tampoco está reñido con el humor.

***Argentinos: somos como somos*,**
los lunes y jueves a las 23 por Canal 13.
MUCHACHADA



Archivo Histórico Provincial

- Rescate permanente de fondos históricos.
- Consulta directa en pantalla de archivos digitalizados de imagen y sonido.
- Integración de alumnos de escuelas especiales en materia archivística.
- Instalaciones concebidas y construidas para la preservación y consulta de documentos históricos.

El ordenamiento sistemático de los Archivos, no solo alivia la administración del sector, sino que constituye la única forma de conservar y salvar los documentos de la historia de un pueblo para que sirvan a otras generaciones, constituyéndose en un paralelo de ubicación.

COMPLEJO CULTURAL SANTA CRUZ   GOBIERNO DE LA PROVINCIA

INEVITABLES

Para comunicarse con esta sección: saliradar@pagina12.com.ar


FOTO: SEBASTIÁN FREIRE

PARQUES Y PASEOS

Continuidad en los parques

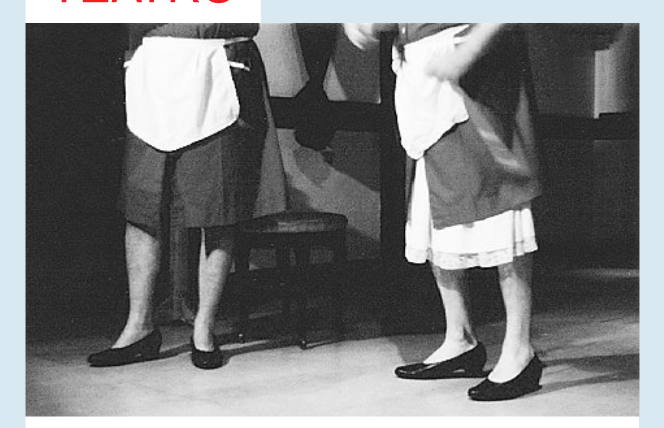
POR GABRIEL D. LERMAN

Con el estruendo de los fuegos artificiales, el verano explotó en Buenos Aires. Un poco por la oportunidad que da el receso laboral, la rutina cambia sus ropas: de pasar horas enclaustrados pasamos horas bajo el sol —que suele curar heridas—, como ejemplares de una procesión abierta, radiante. El investigador Adrián Gorelik puso de relieve el complemento urbano que suponían la grilla y el parque. Es decir, las calles y los espacios verdes, toda una utopía porteña que llenaba de modernidad esta orilla del desierto. Asfalto, baldosas y hormigón, por un lado; césped, árboles y flores, por el otro. Los grandes parques buscaban el bienestar ciudadano: permitían acceder al verde a pocos metros de la morada. Estaban los parques estrella como el Tres de Febrero, pero pronto llegaron los barriales: el Centenario, el Avellaneda, el Patricios, el Chacabuco, grandes extensiones que surcaban la ciudad como páramos en medio del cemento.

El Parque Chacabuco, al igual que sus pares, pronto tuvo la gran pileta municipal, con el trampolín ambicioso en forma de arco. Durante años se jactó de mantener esa forma de trapecio con el viejo Polideportivo de un lado, frente a la Medalla Milagrosa, y, al otro lado del poderoso declive, el sistema de fuentes en la esquina de Asamblea y Emilio Mitre y el sugestivo paseo de glorietas, romántico y hasta mitológicamente escabroso, conocido como Los Sapitos, en la esquina de Emilio Mitre y Avenida del Trabajo (ahora Eva Perón). Unas fotos exhibidas en un supermercado de la zona dan cuentan del pasado chacabuquense. Pero hay un antes y un después en la historia del parque, y esa bisagra la constituyó la irrupción de la autopista 25 de mayo. Semejante mole conspiró contra la diversión de muchos, aunque en el mejor de los casos supo ser escenario de excursiones y fantasías futuristas donde el verde mutaba a gris y las ramas a hierros oxidados. El parque cambió: llegó la estación de subte, rehicieron los senderos como largos caminos y debajo de la autopista construyeron el nuevo Polideportivo, con su pileta cubierta y el Centro Cultural. El parque se volvió desparejo, raro, con zonas vitales y zonas agónicas. La infancia nos liga a cada centímetro de su amplitud y la memoria devuelve extensas jornadas en bicicleta, picados, trotes, carritos de pochoclo, naranjús, helados, primeras citas. En los últimos años, la intrusión gris se ha matizado un poco, y a fuerza de costumbre, el parque ha recuperado sus buenos tiempos. Siempre hay lugar para instalar la lonita y el mate, armar el fulbito, tomar sol o correr. De hecho, la diversidad de usos ha gestado pequeñas tribus que se apropian de cada ámbito: los viejos trotadores, las pulposas señoras que maniobran con sus bronceadores, los pibes del picadito inmortal, las familias que persiguen a los críos que huyen de sus brazos. "Hay lugar pa'todos", repite cada uno. En la vieja pista de atletismo, siempre a punto de borrarse, se juegan a diario sudorosas pruebas olímpicas. Una cancha de básquet adyacente parece como esos patios de escuela pública yanqui, donde los pibes le dan y le dan al aro y hacen volcadas antológicas. Algunos graffitis confirman la hipótesis. Siempre hay un pastito o el tronco de un árbol generoso donde iniciarse o recuperarse en el amor, y en eso la edad no cuenta. Es destacable el aspecto que muestra la pileta municipal. Desde principios de enero, por sólo 3 pesos, los vecinos ya pueden acercarse al gran natatorio.

Como cada verano desde hace años, buena parte del tiempo pasará mientras se mira quién es el próximo que sube al trampolín. Son momentos de tensión, de silencios súbitos en el parque. Nadie sabe bien qué pasará, pero ahí vemos cómo se lanza el chabón, un poco porque sabe y otro poco porque quiere impresionar a la concurrencia. Las chicas miran pero no se hacen demasiado cargo. Una de ellas abre la página marcada del libro que lee y se pierde en el sillón de terciopelo verde.

TEATRO



Las mucamas

Una versión del clásico de Jean Genet ambientada en la Argentina. Estamos en 1952, y dos mucamas que juegan a ser "la señora" dramatizan su asesinato con entusiasmo casi infantil. Pero el ritual las encadena con más fuerza aún al objeto de su odio y veneración. Son dos huérfanas humilladas, sin identidad, y –en esos años– son también dos "cabecitas negras" que tratan de disimular ante la patrona el duelo que las ahoga. Con dirección de Román Podolsky.
Los sábados a las 23 en el Teatro del Abasto, Humahuaca 3549, $ 10.

Panorama desde el puente

En los suburbios portuarios de la Nueva York de los '50, el estibador italiano Eddie Carbone recibe a unos parientes de Italia amenazados por los funcionarios de Inmigración. Celos, frustraciones, pasiones y un ambiente hostil impulsan a Eddie a tomar un camino sin retorno. Luciano Sardi dirige el clásico de Arthur Miller con actuaciones de Arturo Puig, Elena Tasisto, Carolina Fal y Claudio Quinteros.
De miércoles a domingo a las 20.30 en el San Martín, Corrientes 1530. Desde $ 8.

MÚSICA



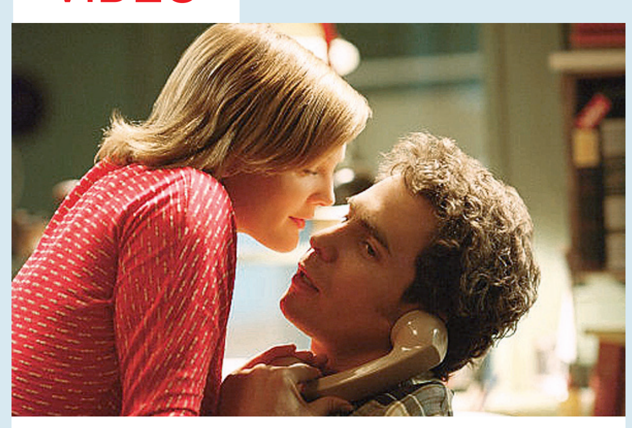
Body Language

Lo nuevo de Kylie Minogue es un disco pop casi perfecto. Su energía nunca aburre, sus citas *retro* no son irónicas y suena sensual sin el menor esfuerzo, a años luz de los gemidos obligatorios que ofreció Britney en *In the zone*. Sintetizadores muy ochentas, beats bailables, algo de electroclash y hasta rap: todas las canciones son buenas, pero se destacan la hipnótica "Slow", "Sweet Music" y los aires souleros de "Red Blooded Woman". La diva pop encontró la madurez, y es una delicia.

I can't stop

A los 66 años, el mítico Al Green, héroe del soul de la década del '70, ensaya su retorno. Y está en plena forma. Quizás algo de la magia se haya perdido, pero la voz, el carisma y el estilo están intactos. Grabado en los Hi Studios con su colaborador de siempre Willie Mitchell, el disco tiene momentos de gloria, en especial cuando Al luce su falsete y produce la sensación de que estos treinta años no han pasado. Lo mejor: el funky "You", la tristísima balada "Not Tonight" y la enorme canción "Million to one".

VIDEO



Confesiones de una mente peligrosa

El debut como director de George Clooney contó con el guionista del momento, Charlie Kaufman (*¿Quieres ser John Malkovich?* y *El ladrón de orquídeas*), más un elenco de amigos de lujo que incluye a Drew Barrymore, Sam Rockwell, Julia Roberts y el propio Clooney. Pirotecnias aparte, la película es delirante y sólida y está basada en las memorias de Chuck Barris, un creador de juegos para TV que afirmaba, entre otras cosas, haber sido agente secreto de la CIA. Retrato de época, mirada sobre el mundo de la TV, juego de realidad y ficción... Suena recargado pero no: es divertido e inteligente. Como Clooney, que merece que lo tomen en serio de una buena vez.

Identidad

Una noche de tormenta, diez desconocidos se refugian en un motel y empiezan a morir asesinados, uno por uno. La premisa parece de Agatha Christie, pero la película no tarda en desmentirlo intercalando escenas del juicio de un asesino condenado a muerte y entrelazando las historias hasta la revelación final. Un *thriller* astuto, con gran actuación de John Cusack.

BARES Y RESTAURANTES

Flor de loto



FOTO: PABLO MEHANNA

POR MARTÍN PAZ

Hace no tanto tiempo, el horario del almuerzo ofrecía a los habitantes del centro porteño un par de alternativas de hierro. Si uno no se decidía por algún plato de la lista de minutas, que cualquier oficinista podía recitar como un catecismo, las opciones eran los sandwiches y, más allá, el abismo. Luego llegó la comida rápida, y para los que "se cuidaban" aparecieron comederos vegetarianos de calidad dispar o el recurso desesperado de la tarta o la ensalada. En la actualidad existen propuestas de todo tipo para sortear esa comida que es una excusa para distraerse por un rato del trabajo y que se ejecuta como el último trámite de la mañana. Después de todo, ¿quién puede tener hambre antes de las cinco de la tarde?

Como de todas maneras algo hay que comer, una variante más que recomendable es Lotos, el restaurante naturista que un grupo de integrantes de la colectividad taiwanesa lleva adelante con eficacia y gran cordialidad en pleno corazón de Barrio Norte. No bien ingresa por el frente vidriado del local, el visitante se encuentra, por un lado, con dos escaleras mecánicas que llevan a la excelente despensa del subsuelo, y por otro con la larga barra donde se exhiben los platos del día. Los clientes suelen llegar poco antes del mediodía: pandillas de abogados y empleados judiciales, solitarios oficinistas en trance walkman, tristes fenómenos urbanos haciendo tiempo antes de ir a la Bond Street, parejas de *beautiful people* saboreando pausadamente un sandwich de milanesa vegetal y comentando la película que vieron en el Malba, un par de cincuentones *new age* que sueltan frases del tipo "lo que pasa es que a mí me faltó padre". Ésa es la composición de la clientela a la que alguna módica *celebrity* o las chicas de una escuela de danza aportan sus fulgores tenues.

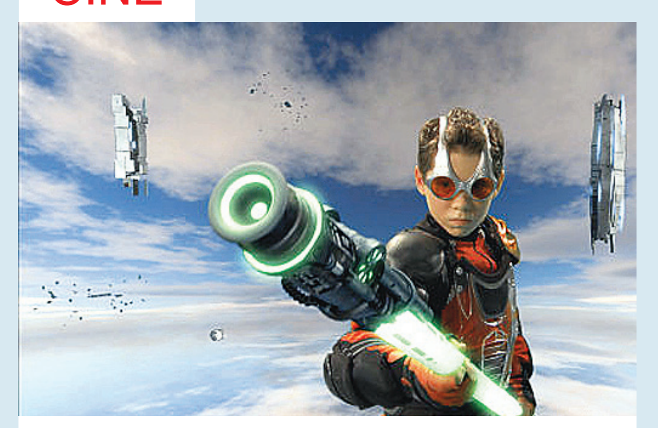
Con la modalidad del autoservicio, el primer tramo de la barra ofrece una amplia variedad de verduras, brotes y legumbres, siempre frescos, para armar una ensalada chica o grande, de 4 o 6 ingredientes. El mostrador continúa y allí están los platos calientes. Al menú diario, que incluye chop-suey, arroz a la china, milanesas de soja y empanadas de verdura, se añaden, según el día, tartas y milanesas de berenjena, diversos preparados de seitán, guisos, fideos de arroz, pastel de fideos con queso y salsa de zapallo. Todas las opciones refutan dos ideas tan difundidas como erróneas sobre la cocina vegetariana, a saber: que es aburrida y que se necesita del ajo o del perejil para que tenga gusto a algo.

La última escala es la de los postres. Es sabido que los dulces no son el fuerte de la comida oriental; sin embargo, una lista que puede incluir flanes de almendra o de kiwi, arroz con leche, exquisitas compotas, tartas de ricota, manzana y ciruela, ensaladas de frutas o platos de lichi –la fruta estrella del Lejano Oriente– completan una oferta más que aceptable.

A la salida de las cajas, la estación de los aderezos siempre incluye aceites, salsas, frutas secas, semillas y demás ingredientes. Por último merece destacarse la amplitud y pulcritud del lugar –incluida la cocina— y el precio razonable. El trato con los clientes merece un capítulo aparte: la amabilidad del numeroso personal es inalterable y no reconoce fronteras entre Oriente y Occidente. Ni siquiera en casos de tensión extrema, como cuando una señora de barrio pregunta a los gritos, como si estuvieran a punto de envenenarla, qué diablos tiene el arrollado de algas.

Lotos (restaurante y supermercado naturista) está en Av. Córdoba 1577/1583. El restaurante abre de lunes a viernes de 11.30 a 18.00; el supermercado, de lunes a viernes de 8.30 a 20.00.

CINE



Miniespías 3-D

Los Cortez, la inefable familia de espías (Antonio Banderas, por fin ligeramente soportable, con mujer e hijos), luchan ahora contra el crimen en un videojuego pergeñado por el villano Toymaker (¡Sylvester Stallone!). Con imágenes en tres dimensiones –hay que usar los anteojitos–, efectos especiales inteligentes y cameos de George Clooney y Ricardo Montalbán, el director mexicano Robert Rodríguez logró otra vez una aventura fantástica y deliciosa, ideal para chicos e irresistible para adultos.

Verano caliente

El Malba propone pasar el verano con películas sobre los avatares del deseo. Hoy se verán *El hombre de sus sueños* de Irving Reis (a las 14) y *El misterio de Alexina* (a las 16). Y después Cine+Música en vivo desde las 18: se proyectan *El hijo del sheik* (1926), con el gran Rudy Valentino, y *Las siete oportunidades* (1925), con el genial Buster Keaton. Musicaliza la National Chamber Orchestra coordinada por Fernando Kabusacki. En el Malba, Figueroa Alcorta 3415.

RADIO



El buscahuellas

Durante trece años, Marcelo Pérez Cotten condujo un programa inolvidable, *Horizonte Cero*, que en su derrotero por varias emisoras –Splendid y El Mundo, entre otras– difundió la música popular de América latina y dio a conocer en reportajes exhaustivos a artistas argentinos e internacionales, desde León Gieco hasta Plácido Domingo, pasando por Mercedes Sosa y Horacio Salgán. Actualmente, Pérez Cotten conduce *El buscahuellas*, que revive la estética de su viejo programa, pero en una versión ampliada que abarca no sólo a músicos sino a artistas de todos los campos. Ya pasaron por el estudio Osvaldo Bayer, Cristina Banegas, Fernando Noy, Litto Nebbia, María Volonté, Franklin Caicedo y muchos otros. Además, el conductor publicará próximamente su primer libro, *La Entrevista*, escrito junto al periodista Nerio Tello, que saldrá en abril por Editorial La Crujía.

De lunes a jueves a las 22 por Radio Nacional AM 870

TELEVISIÓN



Globos de Oro

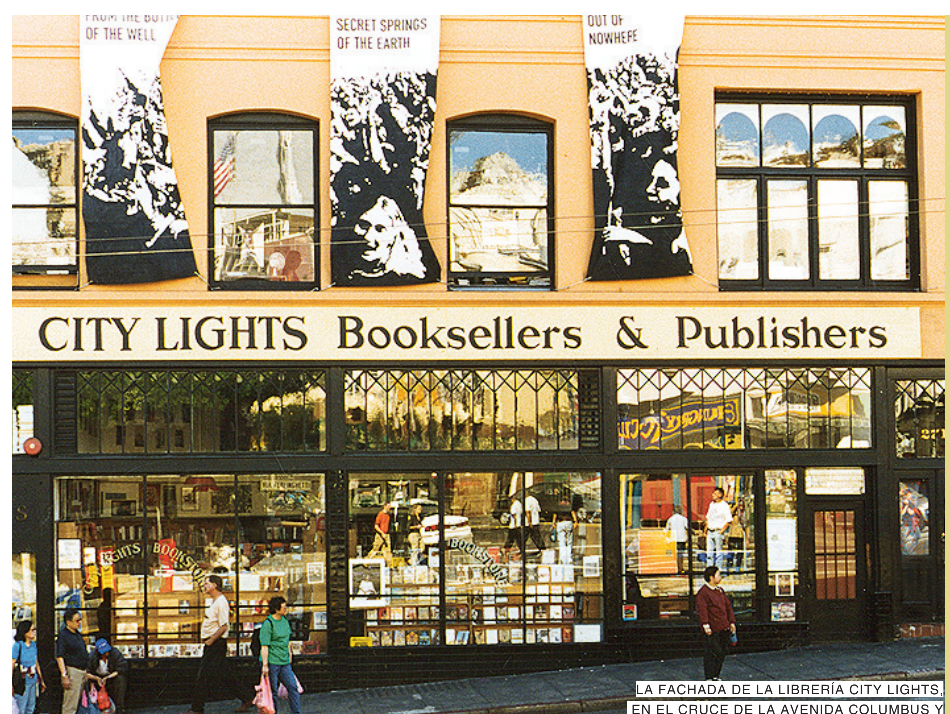
Los premios, los premios de Hollywood... Son tediosos, interminables, y los anfitriones hacen chistes tontos y nunca tienen en cuenta los films pequeños. Todo esto ya es ultrasabido, pero ver los rituales con que los norteamericanos los celebran es una compulsión irresistible. Los Globo, además, suelen ser algo más dinámicos que los Oscar y premian televisión, con lo que hay lluvia de estrellas de todo tipo. ¡Salgamos a la calle si Sean Penn no se vuelve a su casa con una estatuilla!

Hoy a las 22 por Sony. Antes, Alfombra Roja desde las 20 por E!, con la loca encantadora de Joan Rivers y su hija Melissa.

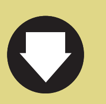
Fama

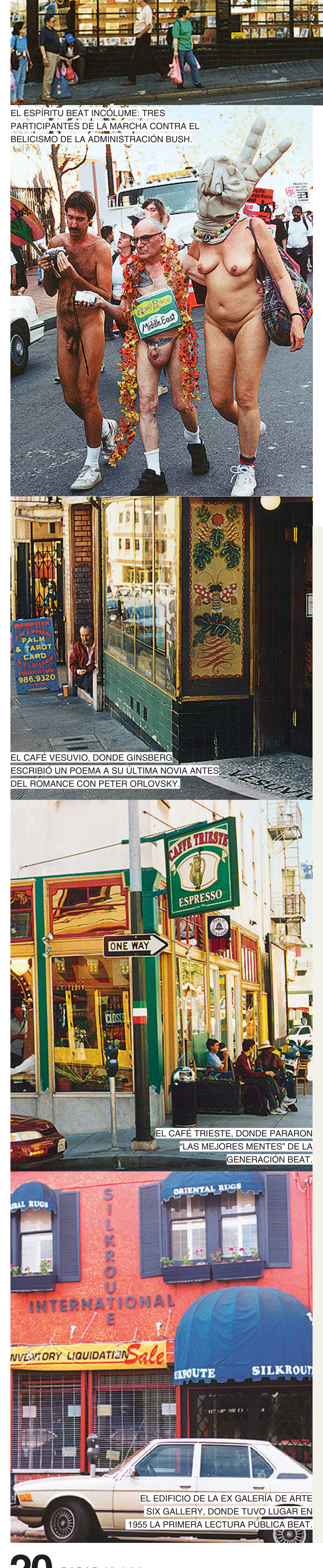
A veces la nostalgia da sorpresas. Y una de esas ocasiones es la reposición de la serie-icono de los '80, que produce un fenómeno raro: verla hoy supera al recuerdo. La recordábamos como una serie trivial, llena de golpes bajos, pero los guiones son efectivos, las actuaciones muy respetables, los números musicales bastante cortos y el idealizado retrato de la Nueva York bohemia muy adecuado.

De lunes a viernes a las 21 por Retro



LA FACHADA DE LA LIBRERÍA CITY LIGHTS, EN EL CRUCE DE LA AVENIDA COLUMBUS Y LA CORTADA JACK KEROUAC.





EL ESPÍRITU BEAT INCÓLUME: TRES PARTICIPANTES DE LA MARCHA CONTRA EL BELICISMO DE LA ADMINISTRACIÓN BUSH.

EL CAFÉ VESUVIO, DONDE GINSBERG ESCRIBIÓ UN POEMA A SU ÚLTIMA NOVIA ANTES DEL ROMANCE CON PETER ORLOVSKY.

EL CAFÉ TRIESTE, DONDE PARARON "LAS MEJORES MENTES" DE LA GENERACIÓN BEAT.

EL EDIFICIO DE LA EX GALERÍA DE ARTE SIX GALLERY, DONDE TUVO LUGAR EN 1955 LA PRIMERA LECTURA PÚBLICA BEAT.

Los ángeles subterráneos

MITOLOGÍAS Con el 50 aniversario de la librería City Lights, lo que cumple años es mucho más que un negocio o un sello editorial: es una cultura. La cultura *beat*, inmortalizada por escritores como Allen Ginsberg, Jack Kerouac o Lawrence Ferlinghetti; por libros como *En el camino* o *Aullido*; por una forma de vida hedonista, experimental y contestataria; y por una ciudad que medio siglo más tarde mantiene intactos sus enclaves legendarios y su mística contracultural. A continuación, una guía razonada para conocer San Francisco, la Meca Beat.

POR OSVALDO BAIGORRIA

Hace cincuenta años, San Francisco fue el lugar de nacimiento de la contracultura, así, en singular. Más tarde se usaría el plural y se hablaría de movimientos contraculturales. Pero a mediados de los años '50, en esa ciudad, se abría la semilla de una planta de poder cuyos efectos aún estamos tratando de entender. Una noche de niebla de octubre de 1954, bajo los efectos del peyote, Allen Ginsberg tuvo una visión del monstruo omnívoro y estéril que vivía en el corazón urbano-industrial-militar de la civilización y lo describió como un "Moloch de ojos de mil ventanas ciegas". El Moloch no era otro que el Sir Frances Drake Hotel, situado en el 450 de la calle Powell de San Francisco. Todo sigue ahí: el monstruo y sus enemigos.

Hay que subir la cuesta hacia North Beach –el viejo vecindario poblado por antifascistas italianos en los años 40, entre Telegraph Hill y el Barrio Chino– para encontrarse con los bares y arterias donde vivieron y bebieron los escritores que se conocieron en Nueva York pero se mudaron a San Francisco para crecer y madurar juntos a mediados de los '50. O tomarse un ómnibus municipal que remonte la colina hasta Coit Tower para luego hacer la recorrida a pie cuesta abajo por Montgomery.

Al 1201 de esta calle, en la esquina con Green, está el edificio –hoy más paquete, careta, renovado hasta la náusea– en el que Gary Snyder compartió un departamento con Philip Whalen. Snyder, nacido en San Francisco en 1930, trabajaba durante los veranos de la década del 50 como vigía forestal para controlar incendios, pero su vida inspiró algo más que el personaje de Japhy Ryder que Kerouac instaló en *Los vagabundos del Dharma*. Escasamente traducido al castellano, Snyder, que publicó nueve libros de poesía y ocho de ensayo, aún enseña inglés en la Universidad de California y es el nexo beat entre el zen, la ecología y las tradiciones de Whitman y Thoreau.

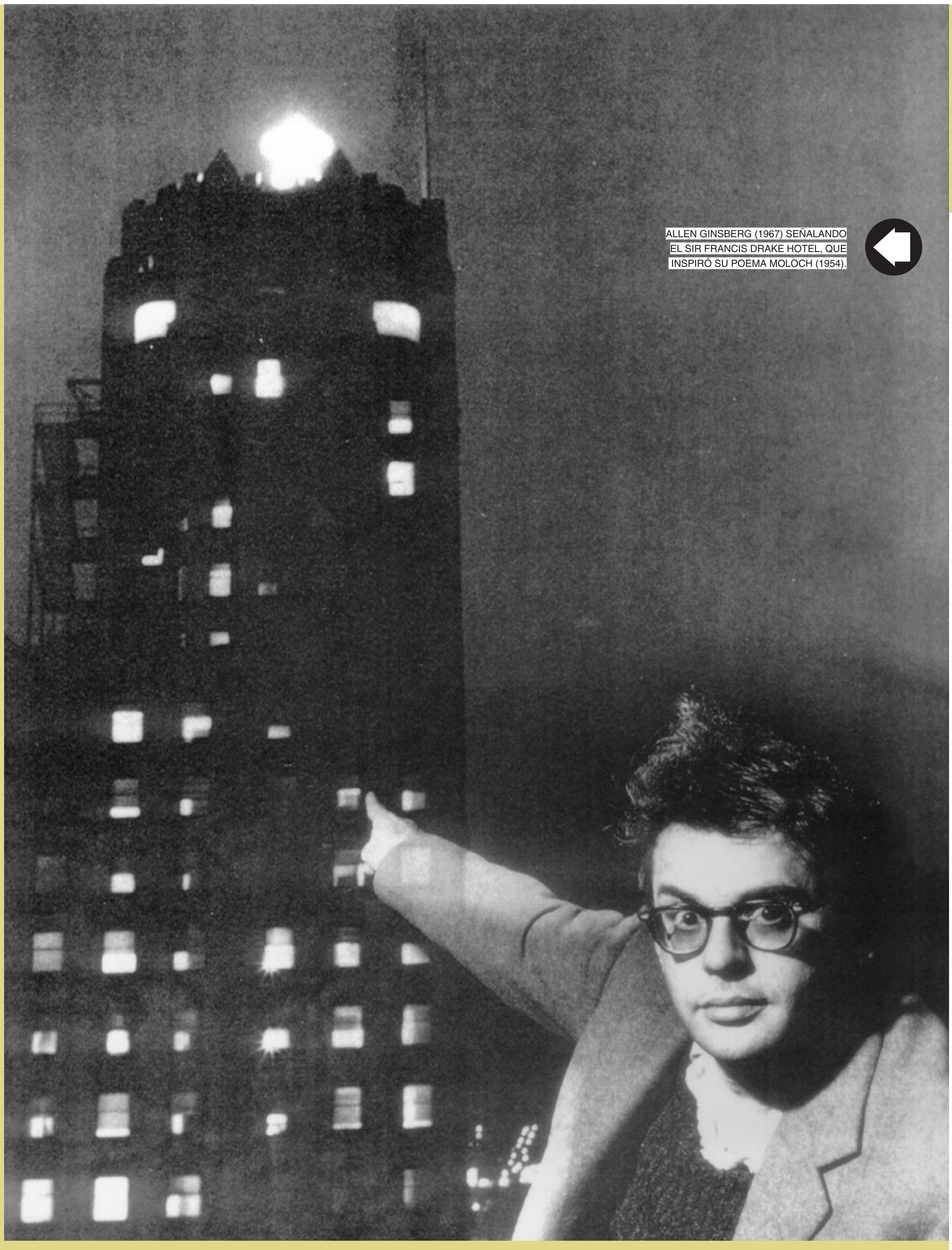
Dos cuadras más abajo, en Montgomery 1010, Ginsberg escribió en 1954 la mayor parte de *Aullido.* Fue después de un largo viaje a México y de pasar unas semanas en San José, en el hogar de Neal Cassady, el Dean Moriarty de *En el camino*. El problema era que Neal ya estaba casado, y la hospitalidad terminó de golpe cuando su esposa Carolyn lo sorprendió en medio de una orgía organizada por Ginsberg. Dicen que éste tuvo que marcharse apenas terminó de ponerse los pantalones. Primero vivió en el Marconi, un hotel barato de la calle Broadway recomendado por Kerouac; luego se mudó con su amante Peter Orlovsky a este edificio, cuya fachada, salvo por la pintura, sigue prácticamente igual.

La leyenda sostiene que no era raro encontrar aquí a Ginsberg desnudo o en calzoncillos sobre todo cuando llegaban visitas (alguna mujer) para Orlovsky, que era bisexual y se consideraba hétero (Allen también era bi en esa época, pero ya se llamaba a sí mismo *queer*). Había un cartel sobre el espejo del baño: "Con o sin ropa, no somos obscenos". Y otro en el living, con los "Fundamentos de la prosa espontánea" de Kerouac. De este departamento salieron algunas de las imágenes del mito Ginsberg que dieron la vuelta al mundo. Un mito fotogénico: su conciencia performativa despertaba ante el ojo de la cámara o del público. Claro que leemos y entendemos más su cuerpo que sus palabras, poco o mal traducidas. Se pierde la respiración, el jazz, el beat de esas reiteraciones, que podemos evocar –si se quiere buscar influencias beatniks en Argentina– en el Néstor Perlongher que escribió *Cadáveres* o *Alabanza y exaltación del Padre Mario*.

Por su parte, Kerouac se instaló en 1954 en el hotel más lumpen del centro, el Cameo, después de haber pasado él también un tiempo en el hogar de los Cassady, mientras desesperaba por la demora de los editores (Little, Brown) que habían prometido leer *En el camino*, ya reescrita varias veces y hasta retitulada *Beat Generation*. Kerouac venía trabajando en ella desde 1948. Entre el 51 y el 52, mientras vivía en lo de Cassady en San Francisco, hasta se dio el lujo de reescribirla con este protagonista a su lado. Aquella famosa escritura de un tirón –tres semanas de tipeo furioso en un rollo de papel de teletipo– no había sido más que la tercera versión; la mejor de todas, según su biógrafa Ann Charters; pero aun después de esa catarsis, el autor tuvo que seguir agregando material al relato. Mientras tanto, su vida oscilaba entre los bares y las bibliotecas públicas en las que estudiaba los Sutras budistas y el Bhagavad Gita. Parte de sus lecturas se volcó en los poemas de San Francisco Blues, y también en un borrador inédito de cien páginas titulado *Some of the Dharma*. En el 54, cuando los editores le devolvieron *En el camino* con una nueva negativa, Kerouac, en un rapto de desesperación, trató de cambiar el personaje del narrador-protagonista, Ray Smith, por un budista vagabundo. El intento no tuvo éxito, y la versión que terminó por publicarse fue la anterior.

Kerouac soñaba que sería recordado en la literatura norteamericana como Joyce en la inglesa, y que su "prosa espontánea" provocaría una revolución. Hoy, en cambio, lo recordamos como el cronista-testigo de escenas inspiradoras de más de una generación. En las calles de San Francisco construyó el escenario de *Los subterráneos*, donde se narra la historia de Mardou, la chica negra de la que se enamoró en Nueva York en el 53. Y esta novela sí fue escrita de una sola vez, en un esfuerzo de tres noches, batiendo todos los records de velocidad del autor. La acción comienza con Mardou sentada con un grupo de amigos sobre el guardabarros de un auto estacionado frente al bar "Black Mask de la calle Montgomery", probable nombre ficcional del Black Cat Café de Montgomery 710, que desde principios de los '50 ya ofrecía espectáculos con *drag-queens* y fiestas de Halloween que algunos consideran el punto de nacimiento del orgullo gay en la Costa Oeste, adelántandose a Nueva York en más de una década.

¿Por qué San Francisco y no otra, por ejemplo Los Angeles? ¿Qué había en esta geografía por aquellos años? Lawrence Ferlinghetti recuerda que se llegaba por tren y por ferry, de modo que desde el Embarcadero las colinas de edificios blancos le daban un aspecto de ciudad mediterránea, como Túnez. Rodeada por el agua por tres de sus lados, San Francisco podía ser delirada como una provincia estadounidense de ultramar a punto de declarar su independencia. Por otra parte, tenía una tradición de bares y cafés inexistente en ciudades más conservadoras. Se corría la voz de que había fiesta todo el tiempo. Gracias a la fiebre del oro y a la inmigración china, a mediados del siglo XIX había un bar por cada cincuenta habitantes. Y grandes salones de concierto que querían imitar al Moulin Rouge de París. Cada febrero, los estudiantes de la Escuela de Arte celebraban un baile de carnaval coronado a la medianoche por la elección del Rey y la Reina de Bohemia, cándidos precursores de esa marcha



ALLEN GINSBERG (1967) SEÑALANDO EL SIR FRANCIS DRAKE HOTEL, QUE INSPIRÓ SU POEMA MOLOCH (1954).

de disfraces de Halloween en la calle Castro que hoy puede reunir a 200 mil personas en una sola noche. Luego, en la playa de Carmel, unos ciento setenta kilómetros al sur, creció a principios del siglo XX una comunidad de escritores y artistas que tuvieron influencia sobre esta ciudad: Mary Austin, George Sterling, Gertrude Stein, Isadora Duncan, Frank Burgess y Jack London.

Fue London, con su no-ficción *The Road* (1907), el que abrió camino para la escritura trashumante de Kerouac. También fue clave el rol de la radio KPFA, una emisora no-comercial fundada por el anarcopacifista Lewis Hill en 1949, que difundía la música negra de Nueva Orléans junto a lecturas de la vanguardia literaria. Y aunque la mayor parte de las editoriales siguieron concentrándose en Nueva York, en San Francisco se afirmó una tradición de pequeñas casas de edición y una atmósfera político-cultural mucho más apta para dar cabida a una generación de ruptura como la de los beat.

La librería-editorial City Lights se instaló justo frente al Vesubio Café, en el cruce de la avenida Columbus y la breve cortada que hoy lleva el nombre de Jack Kerouac. Aquí aún se puede encontrar a Ferlinghetti cuando sale de su oficina, si tiene un momento libre en medio de uno de sus viajes de negocios, lecturas o conferencias. Yo pude hablar cinco minutos con este editor y poeta de 84 años, veterano del desembarco en Normandía de un metro noventa y barba blanca, y recoger sus impresiones de la ciudad en los años '50, que desgranó de modo disperso o distraído, mientras firmaba un autógrafo a un joven japonés, editor de una modesta revista literaria de Japón cuyo título era, sencillamente, *Beat*.

Según recuerda Willy Maspero, un argentino que hace 30 años llegó a San Francisco haciendo dedo desde México, con su guitarra y el pelo hasta la cintura, y que hoy trabaja de chofer de micros de turismo urbano, ya no aparecen por el Vesubio los ómnibus con turistas que en otras épocas bajaban con la ilusión de dar con el bohemio arquetípico de boina, barba y sandalias. Pero en las paredes del café-bar siguen colgados los cuadros con fotos de todos los próceres beats, además de fragmentos de sus poemas y anécdotas. Aquí es donde Allen Ginsberg escribió en 1954 un poema a una novia que tuvo antes de empezar su relación con Peter Orlovsky: "Esperando a Sheila en el Vesubio".

Si de Columbus uno toma por Vallejo hasta Grant, se encuentra con el Caffe Trieste. Tiene fama de servir el mejor *espresso* de North Beach y de ser el mayor lugar de encuentro de escritores desde 1956 hasta el presente. Aquí pararon y escribieron "las mejores mentes" de esta generación y quizá de las siguientes, desde Kenneth Rexroth hasta Gregory Corso y Diane Di Prima. Se dice que incluso Coppola se sentó a una de estas mesas con un grabador para corregir su borrador del guión de *El padrino.*

Saliendo de North Beach hacia el distrito Marina, en dirección al noroeste, en Fillmore 3119 está la fachada del lugar donde se realizó la primera lectura beat en público, en la legendaria Six Gallery. Ahora hay un negocio de ropa, pero dicen que el edificio se conserva tal cual. La galería de arte *under* abrió en octubre del 54 con una instalación que la hizo famosa en dos días: en esa misma vidriera que hoy se ve al frente colocaron un inodoro sobre el cual pendía una carta oficial llamando a la incorporación a las fuerzas armadas. En plena guerra de Corea, una comisión policial allanó la galería y desalojó la instalación. Un año más tarde, en ella se reunieron para leer Allen Ginsberg, Gary Snyder, Michael McClure, Philip Walen y Philip Lamantia, mientras Kerouac juntaba dinero para comprar vino, pasaba una damajuana entre los presentes y alentaba a los poetas a los gritos. La escena se narra en *Los vagabundos del Dharma*, con los nombres cambiados. Ferlinghetti, que estaba en la audiencia, le escribió esa misma noche a Ginsberg para proponerle la publicación de *Howl and Other Poems*, que a su vez sería secuestrado bajo cargos de obscenidad y llevaría a la editorial –y a la generación beat– a ganar un juicio oral y público histórico. Como dijera años más tarde el mismo Ginsberg: "Tuvimos suerte, gracias a la policía".

Y si uno vuelve al centro por Fillmore, puede que un sábado a la tarde se encuentre con una de esas marchas contra la guerra de Irak que no muestra la CNN. Hay varias puestas en escena, distintas performances en esta manifestación de veinte mil individualistas, cada uno con su disfraz, cartel o consigna. Una mujer con un letrero que pide "Granjas de Marihuana" en vez de armas para robar petróleo. Trajes de los extraterrestres que habrían secuestrado las armas de destrucción masiva de Hussein; parodias de Rumsfeld o de Powell. Un carnaval disidente en recorrida masiva por una ciudad donde Schwarzenegger perdió (aunque ganara en el resto de California).

A la cabeza marchan dos hombres y una mujer desnudos. El mayor de todos, Chuck, tiene 76. Ella no dice su edad, el otro tampoco; pero se ve que son más jóvenes. La desnudez muestra rollos, várices, incluso una enorme hernia inguinal sobre la bolsa testicular del veterano, como esas heridas o cicatrices de la vida que un buen guerrero nunca oculta ni mete para adentro: la marca es exterior, no interna. "Vergüenza es la guerra", dice Chuck, alzando la voz áspera sobre los cantos de los manifestantes: "Estos cuerpos son nuestros, no le pertenecen a Bush". Como Ginsberg, como un San Beatnik peludo, de labios gruesos, leyendo sus poemas sin ropa, sabe que la desnudez perturba cuando no se la espera. En lecturas de poesía, en la calle, al frente de una manifestación contra la guerra (Irak, Vietnam, Corea: el tiempo no pasa): el cuerpo y el alma desnudos por tanta presencia de la carne es, desde hace medio siglo, una de las marcas registradas por la Beat Generation.

¿Otras marcas? Más que en la literatura, los efectos beat intervinieron en las costumbres: la afirmación de las diferencias, como un radical principio de individuación que, a partir de la sexualidad, quiere liberarse de la normativa social; un "liberacionismo" que abarcó al *Gay Liberation* y colaterales; los devenires y políticas minoritarias de género y transgénero. Luego, el derecho al éxtasis mediante sustancias modificadoras de la percepción, con su correlativo interés por el artista-chamán, la magia, lo oculto. Por último, una mística de la naturaleza que articula saberes orientales con tradición indoamericana y neopagana. Esas tres patas en las que se apoyó el animal que llamamos contracultura –y que la cultura de izquierda nunca asumió como propias, salvo fragmentaria y tardíamente– fueron los temas centrales de la generación beat desde los años '50.

Por eso, quien vaya hoy a San Francisco no llevará flores en su pelo. Podrá encontrar en estas calles, como en todas partes, muchos "viejos hippies", pero difícilmente un "viejo beatnik". Los beats siguen siendo más jóvenes que los hippies: más pesados, tercos, resistentes, duraderos. R

To beat or not to beat(nik)

POR O.B.

En inglés, *beatnik* –el término que hoy más usamos para hablar de esta generación de escritores– tiene un sentido peyorativo. *Beat* fue siempre más apropiado. Surgió, según la anécdota contada por Ginsberg, de una charla entre Kerouac y el periodista John Clellon Holmes, en 1948. Mientras discutían sobre vanguardias literarias y recordaban a la Generación Perdida, Kerouac habría dicho: "Ah, pero la nuestra no es más que una generación *beat*". Quiso decir golpeada, apaleada, en la lona. Como cuando se decía "*Man, I'm beat*", o sea: sin plata y en la vía. También significa cansado, agotado, hecho polvo; o sin fuerzas –después de una noche de juerga–, dado vuelta y en vela. Si a uno lo invitan a salir y no tiene ganas, puede decir: "*I'm beat*".

Con el tiempo, otros sentidos quedarían adheridos a la etiqueta: el ritmo, la respiración, el pulso de la música. "This is the Beat Generation", el artículo que Clellon Holmes publicó en *The New York Times Magazine* a fines del 52, despertó curiosidad por la palabra, que pasó a describir una subcultura de poetas, narradores, artistas plásticos y algunos cineastas, además de bohemios sin más obra que unos gestos y discursos trasmitidos de bar en bar. Años después, Kerouac le añadiría a su ocurrencia un significado más trascendente: la generación beat como beatífica, angélica, espiritual. Y se aferraría a esta interpretación, reiterándola una y otra vez en público, acaso para contrarrestar el abuso del término en la prensa. Recién a fines de la década del 50 aparecería la voz *beatnik*, usada por primera vez por el periodista Herb Caen en una columna del diario *The San Francisco Chronicle*, a poco de que la Unión Soviética lanzara el Sputnik. Se dice que Caen no tuvo una intención denigratoria, y que incluso trató de defender su creación ante Kerouac una noche de discusiones en un bar. No obstante, en medio de la guerra fría, para la opinión pública norteamericana el sentido era inequívoco: el vocablo fue usado de inmediato en forma despectiva para referir a esos vagos de barba y sandalias que eran señores de la noche de North Beach. "Yo soy el Rey de los beats, no un beatnik", se habría quejado Kerouac. Pero el último vocablo terminaría por imponerse sobre el primero en el resto del mundo.



Historia clínica

CINE **Casi veinte años después, los personajes que el canadiense Denys Arcand creó en *La decadencia del imperio americano* reaparecen en la inminente Las invasiones bárbaras, elogiada en Cannes el año pasado y candidata a un Globo de Oro. Más viejos, con el cinismo endulzado por el tiempo y la sofisticación intacta, el mismo grupo de intelectuales de entonces vuelve a reunirse para actualizar el diagnóstico político, afectivo y sexual del mundo que habían emprendido en 1986.**

¿Qué lo decidió a reunir el mismo reparto de *La decadencia del imperio americano*?

–Un problema que tuve mientras escribía. Quería escribir la historia de un tipo que se va a morir, y aunque sabía que no iba a ser una comedia, quería al menos hacerlo con una sonrisa: no hay nada más deprimente que la historia de una enfermedad. Así que seguí dándole vueltas y escribí varios borradores a lo largo de los años con personajes que iba inventando. Pero siempre se me ocurrían unos guiones desoladores que después no quería filmar. Hasta que dos años atrás, de golpe, pensé: ¿qué tal si la historia retoma los personajes de *La decadencia...* y el que se está muriendo es Rémy? Obviamente, sus ex amantes y su esposa regresarían, y él tendría que lidiar con su hijo. Y así escribirla me resultó realmente fácil. Nunca pensé realmente en hacer una secuela; sólo resolver un problema: cómo hablar de un tema muy serio con cierta levedad.

¿Puede comentar el uso del término "bárbaro"?

–Uno siempre es el bárbaro de alguien: los bárbaros son "los demás". El término fue inventado por los griegos: ellos eran los civilizados, por supuesto, y los otros eran los bárbaros. Depende, por lo tanto, de en qué lado de la frontera se sienta uno. Y lo mismo ocurre en la vida privada. Rémy piensa que el bárbaro es su hijo. Si dice "Éste es el príncipe de los bárbaros" es porque él es un intelectual, alguien que se crió entre libros, ideas, ideologías, y ha terminado teniendo este hijo que no sabe qué es una ideología, que no ha leído ni leerá un libro en su vida, que vive pegado a su computadora y su celular y que sólo quiere jugar a los videojuegos.

El personaje de Nathalie es muy diferente de los drogadictos que uno suele ver en el cine. ¿De dónde lo sacó?

–Es la hija de uno de mis mejores amigos. Es adicta a la heroína. La conozco desde que nació, la he visto crecer y luego le perdí un poco el rastro. Llamé a su padre y le pregunté si ella estaría dispuesta a hablar conmigo. La vi varias veces mientras escribía el guión. Se viste bien, tiene un trabajo y dos hijos. Es brillante: tiene un diploma en filosofía. Y tiene esta adicción. Nada que ver con lo que uno ve en las películas: jeans rotos, pedazos de metal en la cara, desesperados por un poco de merca. La heroína ya no es tan cara. Y si tenés un trabajo decente podés mantener el hábito. Modelé a Nathalie sobre ella porque pensé que sería interesante ver a alguien que está atrapado por las drogas pero no es sólo eso: una adicta. Ahí hay una persona.

¿El retrato que hace su película del sistema de salud canadiense es acertado?

–Sí, es bastante exacto. En este momento estamos en medio de un desastre, porque nacionalizamos todos los hospitales: la ley dice que todo debe ser manejado por el gobierno. Al principio funcionaba muy bien, pero luego aparecieron los burócratas y cometieron errores deplorables, como olvidar que las máquinas de rayos para los pacientes de cáncer se estaban volviendo obsoletas. Terminamos teniendo que mandar a los pacientes oncológicos en ómnibus a ciudades limítrofes de Estados Unidos para que hicieran sus radioterapias. Y el gobierno lo pagaba todo. Así que esa escena en la que Rémy va a Vermont a darse rayos es absolutamente real.

Mucha gente se sorprendió con las imágenes del 11 de septiembre.

–Hubo un par de personas en Nueva York que no estuvieron de acuerdo. "No tiene nada que ver con tu película", me dijeron. Mi argumento fue, y es, que cuando ocurrieron los atentados yo estaba escribiendo el guión, y se me ocurrió que tenían que entrar porque los personajes del film son historiadores. Cualquier historiador querría interpretar el 11 de septiembre, ponerlo en contexto, encontrarle un sentido. Así que tenía que estar. Y además tenía esa toma increíble que se ve en la película. Nadie la había visto fuera de Montreal, porque está sacada de una filmación de un arquitecto que ese día estaba en una reunión en el centro de Nueva York y tenía consigo una camarita digital (quería mostrar el emplazamiento de una obra). Cuando el primer avión se estrelló, la reunión terminó, obviamente, todos salieron, y él tomó su cámara y mientras registraba la primera torre ardiendo fue sobrevolado por el segundo avión. Es una toma terrorífica. Como no es alguien de los medios, el arquitecto no pensó hacer nada con ese material; simplemente volvió a Montreal y se lo mostró a un amigo, que le dijo que lo llevara a la televisión. Y lo emitieron en un programa de la TV local.

¿De dónde sale la escena de la clase de Rémy?

–De mi propia vida. Tuve dos profesores de historia que me influyeron enormemente. Grandes tipos. Pero uno se gradúa y nunca vuelve a ver a sus profesores. Así que me recibí, me convertí en cineasta y pensaba en ellos a menudo. Me habían dado mucho. Cuando decidí hacer *La decadencia del imperio americano*, uno de mis profesores llama a la oficina de producción y dice: "¿Qué pasa? ¿Está haciendo un film sobre la decadencia del imperio americano? ¿Sabe de qué está hablando? Debería hablar conmigo antes de hacer nada. Dígale a Arcand que lo invito a almorzar". Pensé que era una idea maravillosa, pero luego descarté el almuerzo, tuve algunos problemas y nunca contesté el llamado. Empecé a filmar. Tres días más tarde voy a rodar y me entero por la radio de que acaba de morir. Y después murió el segundo profesor, sin que yo volviera a hablarle jamás. Su viuda me llamó una semana más tarde. "¿Sabe lo importante que era usted para mi marido? Cada vez que estrenaba un film o aparecía en televisión, él me decía lo buen estudiante que era usted y lo bueno que había sido enseñarle", me dijo. Me sentí tan miserable, tan mal, que recordé esta situación cuando pensé en Rémy en el hospital. ¿Iría a verlo alguien de su clase? No. Y ni siquiera es porque no les importe: tienen 20 años, tienen que ir a bailar y hacer deportes, tienen sus novias... Entonces pensé: ¿qué es lo que le haría más feliz? ¿Que lo visitaran sus alumnos? En la vida real jamás irían, así que ¿cómo meterlos ahí? Ya está: el hijo hará que vayan a ver a su padre.

¿Ha cambiado la película el concepto que usted tenía de su propia mortalidad?

–Me siento más en paz con la idea de mi propia muerte ahora que cuando empecé la película. Creo en el suicidio asistido, o como quieran llamarlo. Si en mi país, donde no es legal, hubiera una campaña política de apoyo, yo daría mi adhesión. Porque he visto a mis padres morir de cáncer, muertes largas, que duraron como un año cada una, y creo que el último mes no fue... necesario. Ellos eran religiosos y jamás lo hubieran hecho, pero a mí, en su situación, me encantaría que alguien me diera un tiro final para morir bien. Mi convicción al respecto tiene que ver con un amigo mío, un médico y cineasta que se diagnosticó Alzheimer a los 50. Sabía exactamente lo que le esperaba y trató de convivir con eso durante cinco años. Después se tiró desde un puente. Una sociedad civilizada debería haberle ofrecido medios para evitar eso. R



LA PROFUNDIDAD DE LA VIDA

ESTIVALES No sólo de sol, clericó, tablas de windsurf y gafas Rayban se alimenta el exigente veraneante de Punta del Este. También de filosofía. Los clásicos seminarios estivales de Juan José Sebreli ya fueron. Ahora el *must* reflexivo del Este es el doctor Walter Dresel, un cardiólogo aficionado a la impuntualidad y los interrogantes existenciales. Un cronista de Radar asistió a su última conferencia y sobrevivió para contarla.

POR ARIEL MAGNUS

Muy a principios de este nuevo año, tal vez demasiado, el desprevenido lector de *El País* de Montevideo que hubiera tropezado con el recuadro oriental de la sección "Tiempo libre de verano" ("Punta del Este") no podría no haberse detenido, estupefacto, incrédulo, en el siguiente anuncio: *Conferencia: "¿Cuál es el lado profundo de la vida?" Por el Dr. Walter Dresel. Sábado 3 a las 20 hs. en el Barceló Club del Lago Hotel. Entrada GRATIS.* Primeras reacciones: ¿una broma? ¿César Aira decidió cruzar el charco para presentar su último libro? La segunda: tal vez el sol uruguayo pegue demasiado. La tercera: no pensar más. Ir.

Cae la noche meridional

Al Hotel Barceló (que la ruta anuncia mediante un cartel oficial, como si se tratara de un poblado o de un monumento patrio) se llega a través de un sinuoso camino flanqueado por casas de dimensiones poco menos que ofensivas. El cinco estrellas se yergue más allá de la cancha de golf, a la vera del mismo lago que en alguna otra orilla moja la mansión de Carlos Perciavale. Camino al ascensor panorámico se puede apreciar el gimnasio del establecimiento, la pileta térmica, las boutiques.

A las ocho, el salón está casi vacío. Luz tenue, melodía relax fluyendo de los parlantes. Los ventanales de la izquierda traslucen una majestuosa vista al lago, rojo de atardecer, quieto y bello como un animal dormido. Los de la derecha proyectan una piscina iluminada por dentro. Quitándole los objetos artísticos expuestos a la venta en la entrada y el stand que promociona los libros del Dr. Dresel, hay que admitir que el lugar es inmejorable para la reflexión. Sin embargo, un cálido sábado a la noche, de vacaciones en Punta, alojado en semejante hotel, ¿quién te manda a torturarte? Es notable cómo el mundo se ha puesto exigente hasta para las personas que tienen los medios para vivir fuera de él.

Diez minutos pasadas las ocho, el salón ya se ha llenado de rostros tostados, ropas sedosas, onerosos collares, *liftings*. Una mujer rubia cubierta de telas blancas, sonrisa angelical y parsimonia mística, oficia de anfitriona: por su discreta obsecuencia para con los que van entrando se puede deducir quién es más importante que quién, aquí donde todos parecen ser importantes. Salvo una obesa camisa a la que le sobra un botón de menos, un inverosímil reloj con calculadora y una barba abundante y desprolija en la primera fila, el ambiente es de un inmaculado elegante sport.

Veinte minutos pasadas las ocho, con el salón casi lleno, el conferenciante sigue sin aparecer. La charla susurrada y las miradas de soslayo ya no se sostienen; la paz se vuelve ligeramente agresiva.

Ya y media, y nada. La sospecha general flota en el aire como un mal olor: el Doc nos cagó. ¿O será que la respuesta a la pregunta acerca del lado profundo de la vida es una mesa vacía con un micrófono mudo encima?

La profundidad de la superficie

A las 8.37 entra un cincuentón de camisa roja y cara apurada. Bajo el brazo, dos libros, ambos de su autoría. La dama de blanco agradece las obras de arte ofrecidas por "Olga Rivera y Alejandro... ehhh, bueno, un apellido alemán", y presenta al Doctor de apellido teutón, sin titubeos, como "el más indicado para respondernos esta pregunta que tanto nos interesa". Dresel, "emocionado" por sus palabras, agradece "el desafío" de hablar del tema "en una época del año en que uno está en tren de no pensar en grandes cosas". Deliciosamente ambiguo, el cardiólogo se presenta como "médico del corazón" y aclara que desde hace 16 años conduce el programa de radio *Buen día, salud* (por la 92.5 de Montevideo, para los que tengan onda corta). La pedantería es innecesaria: su dicción es clara, sus frases cortas y bien estructuradas, su voz grave agradablemente radial. Como guiado por un manual del buen conferenciante, el uruguayo inicia su charla con un análisis de su título. "Una palabra nos pide detenernos", dice. ¿La idea de que la vida tiene "lados"? ¿La idea de que un lado puede ser "profundo"? No: la palabra "vida". El análisis: "Tenemos que agradecer que estamos vivos". Luego habla de su primer libro, el best-seller *El lado profundo de la vida* (que se puede comprar en el hall de entrada). Una obra, dice, hecha "sin palabras técnicas, escrita con los sentimientos", a modo de "herramienta para enderezar los conflictos personales". Porque nuestro problema, puntualiza el facultativo, es que "no vemos el lado profundo de la vida, y por eso repetimos siempre los mismos errores". "Hurgar en la profundidad nuestra" significa "hacernos preguntas trascendentes, que llevan implícitas las respuestas, que sólo nosotros mismos nos podemos dar". En "estos tiempos tan complejos" todos sentimos "la imperiosa necesidad de cambiar", pero "la puerta del cambio se abre sólo desde adentro", por lo que es necesario "vencer el riesgo a lo desconocido, ser audaces sin por ello ser imprudentes". La solución: *Tomate un café contigo mismo*. Que es, precisamente, el título de su segundo libro (que se puede comprar en el hall de entrada).

Así persisten los siguientes 45 minutos: un perro persiguiéndose la cola a modo de publicidad de comida para perros. Dresel habla de que "la clave del éxito es la autoestima", de que "uno viene a este mundo con una misión", de que "hay tantas verdades como individuos". Atento a su público, despliega la imagen del ser humano como empresa, de la vida personal como un producto de buena calidad. Hacia el final (la barriga del botón faltante sube y baja con sospechosa regularidad, el reloj-calculadora ha desaparecido subrepticiamente del salón), el Doc aclara que "no se van a levantar mañana siendo diferentes", pero que nos llevaremos "conceptos" para vivir mejor. No se entiende si la broma apunta a lo insípido de su charla o a la improbabilidad de que sus adinerados oyentes puedan vivir mejor de lo que ya viven. Eso sí, la pregunta queda contestada: el lado profundo de la vida es *El lado profundo de la vida*, del Dr. Walter Dresel.

Los (a)premios

Concluido el monólogo, vienen las preguntas del público. Olga Rivera, la autora "de las obras de arte que tengo expuestas acá en el hall de entrada", dice que todo lo que dijo el Doctor es cierto. La barba desprolija de la primera fila no está de acuerdo: "Usted propone un ábaco de no soluciones", casi le grita. (Es probable que haya querido decir "abanico", no "ábaco"; fue una suerte, en todo caso, que no hubiera chinos sensibles en la sala.) Profesional, el Doc neutraliza el ataque con más publicidad: "Mi libro es para ser leído con resaltador, para ser subrayado. Léalo. Después le doy mi tarjeta y me puede hacer todas las críticas que quiera". Para sacarnos a todos del brete, alguien aclara que ya leyó sus dos libros y le pregunta si está trabajando en uno nuevo. Por supuesto, estoy trabajando, se explaya el Doc.

Poco antes de dar por concluida la sesión interactiva, Dresel anuncia que el lunes hará un *workshop* en "grupos reducidos para trabajar mejor". (Los precios pueden consultarse a la entrada.) Porque –aclara– hay que detectar los problemas antes de que se nos vengan encima. Y lanza una comparación temeraria: "El ser humano es como la DGI: puede demorar, pero no perdona jamás". Incómodas risas acompañan su osadía.

La charla ha llegado a su fin, pero una mujer de aros y piel naranja se levanta y pregunta: "¿Cómo hacemos, doctor, para sacarnos de encima a los locos que nos gobiernan?". La de blanco intercede con su sonrisa angelical y explica que "el doctor no puede responder a todas las preguntas". Luego nos pide que nos quedemos, porque "vamos a sortear entre los presentes dos libros del Dr. Dresel". Evidentemente, es hora de partir. A ver si todavía ganamos.

EL CANAL CON MÁS

DEPORTE

DE LA TELEVISIÓN ARGENTINA



UN CANAL DE PRAMER • americasports@pramer.tv • www.pramer.tv

STEINBRANDING.COM